

**VISIONES DE MUNDO EN *LOS ELEGIDOS* DE ALFONSO LOPEZ  
MICHELSEN: UN CASO DE COLONIALIDAD Y MODERNIDAD.**

**ALEXANDER RODRÍGUEZ SANDOVAL**

**MAESTRIA EN FILOSOFÍA LATINOAMERICANA  
UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS**

**2019**

**INDICE**

	<b>Pág</b>
<b>Introducción</b>	<b>7</b>
<b>CAPÍTULO I</b>	<b>11</b>
<b>Presupuestos para un estudio estético – político de <i>Los elegidos</i></b>	
<b>CAPÍTULO II</b>	<b>23</b>
<b>Las voces sociales en <i>Los elegidos</i></b>	
<b>CAPÍTULO III</b>	<b>51</b>
<b>Elementos de una curiosa arquitectónica política</b>	
<b>Conclusiones</b>	<b>63</b>
<b>Referencias bibliográficas</b>	<b>66</b>

## INTRODUCCIÓN

Este trabajo se enmarca en la tradición reflexiva sobre las ideas políticas en América Latina, asunto en el que se ha empeñado desde hace tiempo la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás. Siguiendo la senda trazada por pensadores contemporáneos como Deleuze, Foucault, Sloterdijk, entre otros, quienes han adoptado la literatura y el arte como eje medular para desplegar sus reflexiones, se ha escogido un texto literario como escenario para el pensar. Se trata de *Los elegidos*, novela de Alfonso López Michelsen (1913 - 2007), una figura central de la vida política colombiana del siglo XX, quien de manera intempestiva y pasajera incursionó en el campo de las letras.

Llama la atención que más allá de las anécdotas sobre el papel del autor en la escena pública del país, a la fecha no se ha hecho ningún estudio de las ideas políticas que disemina el autor en su obra literaria<sup>1</sup>. Este hecho podría tomarse como algo fortuito y anecdótico, mas desde el propio campo literario

---

<sup>1</sup> Randall (2007), quien escribe la primera biografía de Alfonso López Michelsen. Lo presenta como una de las principales figuras de la vida política e intelectual de Colombia en los últimos cincuenta años. Para mostrar la huella que ha dejado, parte de los procesos de formación, esto es, de sus años de estudiante de derecho en Colombia, Chile y Europa para develar las posibles influencias que modelaron sus ideales. Luego se ocupa de la vida política y señala que su periodo presidencial tuvo el mismo compromiso con la reforma que caracterizó el programa bandera del primer mandato de su padre. Finalmente, presenta una serie de datos sobre la campaña presidencial de 1982, así como de los sucesos relacionados con las reuniones en Panamá con los líderes del cartel de Medellín. Gómez Buendía (1978), se propone hacer una radiografía de las creencias políticas de López Michelsen. Contrasta los modelos políticos de América Latina con el desarrollo y construcción nacional, para mostrar la evolución del pensamiento del político colombiano. Para este propósito toma los slogans, las etapas de sus escritos y el estilo intelectual que presenta. Díaz Granados (1984) realiza un breve estudio de *Los elegidos* caracterizado por el énfasis biográfico. Su interés es hablar de un presidente novelista y resaltar algunas publicaciones realizadas por él. Con respecto a la novela, se limita a expresar la presencia de la estirpe calvinista representada por el narrador, a quien considera una encarnación del autor. Valiéndose de esa figura, se burla de las nuevas élites de América Latina. En términos literarios, presenta al señor K como un nuevo personaje Kafkiano, neurótico, inseguro, frustrado, incapaz de tomar decisiones. Para cerrar, critica a las élites y defiende la posición de López; sostiene que la cultura de la alta sociedad está marcada por la cursilería.

emergen razones que justifican el abordaje de esta obra desde la perspectiva de la filosofía política. Por ejemplo, Raymond Williams, quien investigó la novela colombiana escrita entre 1844 y 1987, afirma que la mayoría de novelas han sido un medio fundamental para el “diálogo ideológico” (1991: 15). O también la larga tradición de la poética sociológica que sostiene que el abordaje del texto literario no puede prescindir de los elementos socio-históricos y políticos, pues estos son parte sustantiva del acabado artístico de la obra.

Ahora bien, el hecho de que *Los elegidos* sea la única novela de López Michelsen suscita interrogantes como: ¿qué motivaciones llevaron a un miembro de la élite política a dejar un testimonio literario? ¿Qué visión de mundo se puede percibir en su novela? ¿Es posible hallar una relación coherente entre dicha visión y la ideología liberal a la que se suscribió el autor a lo largo de su vida pública?

A propósito de esos interrogantes, se podría hipotetizar que López Michelsen gracias a su *habitus*, o como dice Bourdieu (1997), a su formación y a las relaciones provistas por su posición social privilegiada tenía conciencia de que la mayor parte de las cosas del ser humano son efímeras, esto es que el paso del tiempo tiende a borrar toda huella, salvo cuando las acciones se manifiestan en la creación artística. Así que, muy seguramente, vio en la novela una forma expedita de testimoniar su concepción del mundo y de retratar la organización social del país; en particular la actitud de la élite centralista afincada en prácticas históricas de vieja data, elevadas a norma por la Constitución de 1886. En este punto, es preciso señalar una ambigüedad interesante: el autor pertenece a un grupo social privilegiado, sin embargo desnuda las prácticas y costumbres de dicho grupo. El título mismo y las peripecias de la novela dan cuenta de ello. De hecho, está es la hipótesis a demostrar, en *Los elegidos* se advierte una clara presencia de las ideas que expone Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904), entremezcladas de manera extraña con elementos propios de la mentalidad colonial.

Lo anterior, conduce a integrar en el análisis de la novela las tesis de Santiago Castro Gómez, quien en *La hybris del punto cero* sostiene que “Modernidad y colonialidad son las caras de una misma moneda” (2007: 67). Una curiosa coexistencia que se puede rastrear en Colombia en múltiples prácticas discursivas anteriores y posteriores a la llamada Independencia. De hecho, ya avanzado el “siglo XX Colombia no había logrado insertarse en la dinámica del capitalismo industrial debido [...] a que las relaciones sociales de producción (económica y de subjetividades) heredadas de la colonia continuaban siendo hegemónicas” (Castro Gómez y Restrepo, 2008: 16).

El rigor filosófico obliga a buscar un horizonte pertinente tanto para el abordaje de la novela como para la comprensión de las ideas del autor. En consecuencia se construye un marco que entremezcla elementos de la estética con premisas de la teoría literaria y planteamientos de autores fundamentales del pensamiento latinoamericano.

El horizonte estético se fundamenta en la teoría de Mijail Bajtin (1989) quien proporciona las premisas necesarias para dilucidar el objeto artístico; también en Lucien Goldmann (1968) que aporta el concepto de *visión de mundo*. Ambos autores plantean la necesidad de acoger en la explicación de la obra de arte planteamientos de otros campos de la cultura. Por tanto es preciso recurrir a autores del ámbito latinoamericano como José Luis Romero quien en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1999) muestra como la formación de la sociedad latinoamericana engloba posturas de la burguesía, el papel hegemónico de las ciudades y los rasgos peculiares de las grandes corrientes de ideas; Ángel Rama quien en *La ciudad letrada* expone el papel de la escritura y la apropiación de esta por parte de las élites para la configuración del *status quo* en las sociedades americanas.

Para cumplir el propósito de dilucidar las ideas y las visiones de mundo presentes en *Los elegidos* se siguen tres pasos fundamentales. Primero, construir un marco de interpretación que integre perspectivas que, además de coherentes,

sean propicias para evidenciar las ideas políticas en la obra literaria. Segundo, analizar la organización de la novela y el sistema de personajes para observar las voces sociales que hacen parte la visión de mundo de la obra. Tercero, explicar la arquitectónica de la obra en términos de las dinámicas socio políticas y de la tensión modernidad colonialidad.

En consecuencia el trabajo se divide en tres capítulos. Uno que recoge supuestos teóricos fundamentales sobre la modernidad y la colonialidad, sobre la relación entre ética protestante y capitalismo, así como las premisas estéticas. Otro que desglosa la composición, las relaciones estructurantes que configuran las voces sociales y la manera como se conectan con el mundo social. Y el último que explica el proyecto estético de López, la posición político filosófica que adopta en la novela y el sentido que plantea para la escritura literaria en el ámbito colombiano.

**CAPÍTULO I**  
**PRESUPUESTOS PARA UN ESTUDIO ESTÉTICO – POLÍTICO DE**  
***LOS ELEGIDOS***

De la perspectiva teórica adoptada para el estudio de *Los elegidos* se desprenden en tres premisas básicas. La primera es que el proceso analítico se centra en la búsqueda de la valoración, entendida como la posición del autor o lo que Bajtín (1989) denomina *forma arquitectónica*, un acabado de carácter socio-semiótico que, en palabras de Goldmann (1968), pone de manifiesto una visión del mundo. La segunda premisa es que la tarea de dilucidar la valoración ha de conectarse con los procesos históricos y filosóficos de larga duración que sirven de marco a la obra. La tercera premisa es que se deben poner en relación las observaciones sobre la novela con reflexiones de otros autores que, desde otros ámbitos, se han ocupado de la problemática tematizada por el novelista.

Los anteriores postulados definen el derrotero a seguir, esto es, los pasos a seguir, las tareas a realizar. Cada procedimiento está afinado en reflexiones teóricas que permiten conectar la obra literaria con el mundo social, en sentido amplio. Y por tanto, son coherentes con el propósito de estudiar las ideas políticas de López Michelsen en la única novela que escribió antes de participar de manera abierta y directa en las dinámicas políticas del país.

## Sobre los presupuestos teórico metodológicos

Un autor fundamental para el desarrollo del trabajo es Mijail Bajtin, cuya propuesta exige tener en cuenta los marcos de la filosofía, pues apuesta por explicaciones enmarcadas en la estética. En palabras del autor, cuando se aborda una novela no se trata de realizar especulaciones intuitivas, sino de “buscar una definición realizada en relación con otros dominios dentro de la unidad de la cultura humana” (Bajtín, 1989:16). Para ello es necesario poner en su lugar la materia lingüística y los procesos compositivos de la obra, es decir, tomar el material verbal y las estrategias literarias como soportes del objeto estético. Pues este, en sentido estricto, tiene que ver los elementos históricos-culturales y las valoraciones que trascienden la materialidad. El objeto estético, la *arquitectónica*, nace de la unión de la forma y el contenido. Así las cosas, lo que importa es dilucidar la manera como la novela presenta el acabado artístico de un acontecimiento histórico o social.

En esa medida, hay interrogantes ineludibles como: ¿qué hecho histórico y social está en el fondo de *Los Elegidos* de Alfonso López Michelsen? ¿Qué valoraciones y/o planteamientos configuran lo arquitectónico de la novela? Para resolver esos interrogantes es preciso, por un lado, identificar la manera de entender el mundo que propone el novelista (más allá de las palabras, el narrador, la temporalidad y la organización de los capítulos que se seleccionaron para el desarrollo de la obra); y, por otro lado, conceptualizar las tensiones de carácter ético que pone en escena.

De acuerdo con Bajtin, en la novela se ponen en cuestión los valores. Todo lo que entra en ella hace parte de una evaluación. Así que hay que mirar el horizonte axiológico desde el cual se realiza la valoración. Para ello, es preciso inferir de los idiolectos las maneras de concebir el mundo; partir del uso del

lenguaje para conceptualizar las voces de los grupos sociales que se integran a la novela y el lugar que les asigna el autor.

Lo anterior está en consonancia con lo propuesto por Lucien Goldmann quien sostiene que: “los hechos humanos forman siempre estructuras significativas globales [...] y que estas estructuras, sólo pueden ser estudiadas positivamente, es decir, ser explicadas y comprendidas a la vez, en el contexto de una perspectiva practica fundada en la aceptación de determinado conjunto de valores” (1969: 7); y que a partir de ese entramado es posible inferir las visiones del mundo<sup>2</sup>.

Una visión de mundo no tiene un carácter metafísico ni se percibe apelando a un orden puramente especulativo. Por el contrario, constituye un aspecto concreto de conciencia colectiva; es decir, engloba el conjunto de aspiraciones, sentimientos e ideas que reúne a los miembros de un grupo o a de una clase social, y los opone a los demás grupos. En otras palabras, se trata de un fenómeno de conciencia colectiva que alcanza su mayor claridad conceptual o sensible en la conciencia de un vocero lúcido (pensador o autor) que los expresa en su máximo grado de coherencia a través de una obra. Es decir que la individualidad no alcanza a soportar la dimensión general que demanda una visión del mundo<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> El concepto de *visión de mundo* es un poco más restringido comparado con el concepto *arquitectónica* de Bajtin, pero apuntan a escenarios análogos de la obra literaria. Por tanto, en este trabajo se usarán como categorías complementarias para lograr una aproximación más amplia a *Los elegidos*.

<sup>3</sup> La idea de visión de mundo de Goldmann tiene un correlato en la hermenéutica de Dilthey, quien en *Teoría de las Concepciones del Mundo* (1995) sostiene la existencia visiones generales relacionadas esencialmente con la vida que, según dice, es la última visión de mundo. Para el autor, la experiencia vital, expresada a través de los acontecimientos individuales que provocan el haz de impulsos y sentimientos en los seres humanos, al encontrarse con el mundo circundante y el destino, reúne en ella un saber objetivo y universal. La repetición de experiencias origina estados de ánimo o temples frente a la vida que en el caso de las almas sensibles originan temples universales. En medio de los cambios y las reiteraciones de dichos temples acontece la formación de las múltiples ideas del mundo. Toda idea del mundo tiene una estructura que es siempre una complexión o conexión unitaria, en la cual, sobre la base de una imagen del mundo, se deciden las cuestiones acerca de la significación y el sentido del mundo, y se deducen de esto el ideal, el sumo bien, los principios supremos de la conducta en la vida.

En consecuencia, una obra no puede comprenderse por sí misma permaneciendo en el plano textual e incluso en el de las lecturas y las influencias del autor, sino dilucidando la relación compleja que ella establece con el mundo social. Pues una idea, una obra solo obtienen su verdadera significación cuando se han integrado en el conjunto de una vida y de un comportamiento. Ahora bien, el comportamiento que permite entender la obra no es el del autor, sino el de un grupo social (al que tal vez el autor no pertenezca) o, si se prefiere, el de una clase.

Por tanto, la obra es difícilmente inteligible si se la quiere comprender únicamente o en primer lugar a través de la personalidad de su autor. Pues el conjunto múltiple y complejo de las relaciones humanas en que se halla inmerso todo individuo crea frecuentemente rupturas entre su vida cotidiana, por una parte, y su pensamiento conceptual y su imaginación creadora, por otra; o bien, únicamente deja subsistir entre ellas una relación excesivamente mediatizada para ser accesible prácticamente a un análisis un poco preciso. En consecuencia, la cuestión es situar la obra en el conjunto de la evolución histórica y relacionarla con el conjunto de la vida social, ya que así se puede determinar una significación más amplia que, por lo regular, tiene un carácter no consciente para su propio creador.

Eso no significa la anulación del individuo pues este es el encargado de expresar el máximo grado de conciencia posible. De hecho, según Goldmann (1980), en las civilizaciones avanzadas son individuos concretos los que encarnan la rebelión de las letras y de las artes. Algo que en el caso de la novela da origen al héroe problemático, un personaje que no sólo afirma el valor individual, sino que encarna una crítica social enérgica.

Así las cosas, un aspecto meridiano de este trabajo es dilucidar qué visiones de mundo están presentes en *Los Elegidos*, qué revela López Michelsen sobre la élite colombiana, cuáles prácticas hace visibles y en qué medida éstas se pueden relacionar con las ideas políticas o con la configuración del orden político en Colombia. Para ese propósito se requiere conceptualizar las voces sociales

que aparecen en la novela; esto es, hacer un seguimiento del sistema de personajes para identificar cómo se comportan, qué concepciones exponen, a qué tendencias e inclinaciones son proclives y a qué grupos sociales corresponde ese entramado. Así mismo, conceptualizar los aspectos globales profundos presentes en los procesos históricos de larga duración en los que se enmarca la sociedad a la que pertenece el autor.

### **Sobre los presupuestos histórico filosóficos**

Pensar los procesos históricos de larga duración en Colombia y América Latina significa dilucidar las líneas generales de la modernidad. Pues es un proceso que marca el devenir del continente, las tensiones, las rupturas y la configuración de las distintas sociedades. Ahora bien, hablar de modernidad implica entrar en un debate reciente, debido al supuesto carácter eurocéntrico en el que se origina y a la imposibilidad de lograr un acuerdo entre las múltiples acepciones que tiene el término.

No obstante, la modernidad se puede conceptualizar de manera general como la confluencia de múltiples procesos de transformación que impactaron, en principio y de manera especial, a Europa, y posteriormente al resto del mundo. Entre dichos procesos está, por un lado, el empuje de la burguesía: “un proceso global de naturaleza económica [relacionado con] el nacimiento y desarrollo del capitalismo y consolidación progresiva del principio de individuación, capaz de fundar un nuevo tipo de mentalidad colectiva no holística sino individualista” (Cruz Kronfly, 1994: 27).

Por otro lado, un proceso gestado por el pensamiento filosófico y científico que en sus desarrollos particulares le asignan un lugar privilegiado al ser humano, a su capacidad de razonar, y proponen una serie de teorías y herramientas orientadas al dominio de la naturaleza; despliegan nuevas formas de lenguaje

para explicar las problemáticas, y dan pie a una concepción generalizada del acceso al conocimiento y el ejercicio de la crítica. Ligado al anterior, está un proceso que abarca el ámbito político. Aquí no sólo aparece el concepto de Estado y la división de poderes, sino también la idea de que el poder se funda en la ciudadanía, así como en la doctrina del pacto social. Así mismo, es imprescindible hablar del proceso ligado a las artes y la cultura que desplazan y le quitan protagonismo a instituciones tradicionales como la iglesia y la familia.

La confluencia de los distintos procesos en el mundo social abre camino a la secularización y a la organización racional de las costumbres. Un punto de convergencia donde se concreta lo que quizás es la acción histórica diferenciadora por excelencia de la modernidad: la movilidad social. Esta impacta de manera profunda la arquitectura de las sociedades. Sus resultados se manifiestan paulatinamente a través de transformaciones profundas tanto en las formas de relación entre los seres humanos, como en las representaciones artísticas.

Un ejemplo paradigmático de las transformaciones profundas es la aparición de la novela moderna. Una forma literaria que es, sin lugar a dudas, el correlato de la secularización del mundo. Pues, como dice Lukács, constituye la “epopeya del mundo abandonado por los dioses” (1970: 355); el cierre de una visión de totalidad, la renuncia a un entorno lleno de sentido, la aparición de relatos cuyos héroes son básicamente problemáticos, y el mundo es inauténtico.

Hay que señalar algo esencial: los desarrollos de la novela y los de la modernidad se han dado de manera homóloga. El devenir de la una da testimonio de la otra y viceversa. “Como en un juego de espejos, la una se mira en la otra para acordarse de que ahí van, que en su proceso las dos encierran a una sociedad que no mide la extensión del camino porque está interesada en andar.” (Rosso, 1995: 56-57). La relación entre la novela y la modernidad está claramente expuesta en los trabajos de Lukács y Goldmann. Para ambos autores, los conflictos que pone en escena este género literario dan cuenta de las tensiones y

conflictos de unas sociedades marcadas por el individualismo y la economía capitalista.

En el caso colombiano, mirar la novela es la forma más expedita de reconstruir la inserción de la modernidad. Pues cada novela da cuenta de las sinuosidades, tensiones, avances y retrocesos del proyecto moderno. Quien haya explorado con algún detalle la novela colombiana sabe que en ella, además de otras cosas, es posible percibir la tensión entre la perspectiva hacendaria y el pensamiento liberal; la lucha entre la tradición y la apuesta radical por la libertad; la crítica a la explotación y a la ineficiencia del Estado, etcétera.

Ahora bien, no se puede ignorar que en el ámbito de Latinoamérica y Colombia la modernidad se manifiesta de forma ambigua pues sus distintos procesos están llenos de irregularidades. Eso ha originado posiciones diversas sobre ella. Algunos sostienen que no se puede hablar de modernidad sino de oleajes modernizadores; otros la ven como un proyecto aplazado; hay quienes consideran que sus procesos se han realizado, pero de un modo distinto al del ámbito europeo. Por ejemplo, para Giraldo y López “la modernidad en Colombia es contradictoria y violenta pero en avance permanente” (1991: 263).

La ambigüedad, las contradicciones y la violencia que se le atribuyen a la modernidad en el contexto colombiano se pueden explicar de un modo distinto. Pues esos aspectos son más bien el resultado de la tensión entre dos modelos de organización del mundo que confluyen y cohabitan en nuestro territorio: el colonial y capitalista.

A propósito de lo anterior, vale la pena considerar las reflexiones de Santiago Castro Gómez quien sostiene que “No puede haber modernidad sin colonialidad [...] La colonialidad es inmanente a la modernidad, es decir que la colonialidad es articulada como exterioridad constituyente a la modernidad” (2008: 24-25). En esa medida lo que se consideraba como periferia colonial americana es un elemento constitutivo del capitalismo.

Para Castro Gómez el capitalismo es un sistema mundo que emerge con la modernidad. Una de sus características esenciales es que en su maleabilidad es capaz de combinar dos lógicas diferentes, aparentemente contradictorias entre sí, pero que en realidad son complementarias y mutuamente dependientes: la lógica de la modernidad, que se expresa en los centros del sistema-mundo (o en los centros al interior de las periferias), y la lógica de la colonialidad que se expresa en la periferias del mismo (o en la periferias al interior de los centros). La colonialidad, tal como advierte el autor,

es un fenómeno mucho más complejo y de larga duración que se refiere a un patrón de poder que opera a través de la naturalización de las jerarquías territoriales, raciales, culturales, libidinales y epistémicas que posibilitan la re-producción de relaciones de dominación que no sólo garantizan la explotación por el capital de unos seres por otros a escala planetaria. (Castro Gómez, 2008: 24).

A partir de la constatación del cruce entre modernidad y colonialidad, Castro Gómez (2005) advierte que en el contexto colombiano se presenta una heterogeneidad estructural. En términos visibles, esto significa que el sistema mundo capitalista se constituye en la base no tanto de la producción económica, sino, en primer término y fundamentalmente, de la producción subjetiva; o mejor, en un régimen de soberanía que produce un tipo específico de sujetos. Un fenómeno posible merced a la inserción paulatina de imaginarios de deseo que desplazan los imaginarios de posesión del mundo colonial.

El proceso se puede resumir así: los imaginarios del sistema mundo capitalista interpelan el estado de cosas y son articulados por las élites a las tecnologías de gobierno y con ello se producen nuevas subjetividades. De modo que no existe una ruptura radical, sino la génesis otro tipo de subjetividad hegemónica que termina por conservar el proyecto cultural de distinción y diferencia entre los miembros de la población. En otras palabras, hay movilidad social pero restringida.

José Luis Romero (2001) aporta otra mirada para comprender esa dinámica. Para el autor argentino es necesario hablar de europeización. Un proceso latente que se radicaliza con la crisis de las sociedades europeas de principios de siglo XX, producto de la colisión entre las potencias de la época (Inglaterra, Alemania, Italia y Francia), y cuyo resultado más evidente es la pérdida del poderío que habían instaurado en la totalidad del globo y la emergencia los Estados Unidos como nuevo estado poderoso. Este hecho constituye un cambio del punto de referencia para el mundo latinoamericano. Pues, desde los inicios de la época colonial para las élites latinoamericanas el continente europeo era el modelo a seguir, mientras que para el grueso de la población podía constituir un lugar lejano donde se establecía el poder, o lo que en el siglo XIX se denominaba como civilización.

Romero considera que la colisión, caída y crisis de las sociedades europeas, afecta directamente a los países latinoamericanos y sus desarrollos autónomos. Pues mientras Europa se desgarraba, los estados que constituyen a América Latina se transforman. Aunque, según señala, hay fuerzas que se resisten y se oponen al cambio. Es decir que hay un doble movimiento: por un lado están los actores que proponen las transformaciones y por otro, quienes se apegan al estado de cosas anterior, los actores que encarnan el paternalismo político. La resistencia al cambio explica la violencia y las dictaduras, que es un elemento inédito en el devenir histórico de América Latina.

La posición de Romero no se circunscribe a la coyuntura de comienzos del siglo XX. En efecto, en *Latinoamérica: las Ciudades y las Ideas* (1999) traza una imagen sólidamente fundada de los procesos históricos del nuevo mundo. El autor refuta sin polémica el viejo prejuicio europeo sobre el carácter degenerado de la geografía, la zoología, la botánica y la población del nuevo mundo, destaca la importancia de la revolución burguesa.

Lo interesante del trabajo de Romero, y que permite relacionarlo con los planteamientos de Castro Gómez, está el capítulo que le dedica a Las ciudades

Burguesas. En él, muestra como los grupos activos de las nuevas burguesías se constituyen por gente menos comprometida con el pasado: los que buscaban el ascenso social y económico con apremio, casi con desesperación, generalmente de sectores medios y sin mucho dinero, pero con una singular capacidad para descubrir las oportunidades. Se trata de grupos que se conforman como resultado de una selección espontánea de los más aptos para la nueva situación, esto es, quienes descubren no sólo los negocios básicos, los de la producción y su comercialización, sino los innumerables negocios derivados que en cada coyuntura aparecían en el vasto sistema de la intermediación hasta llegar a las altas finanzas y a la especulación.

Según Romero, los miembros de las nuevas burguesías, especialmente en las capitales, lograron controlar simultáneamente el mundo de los negocios y el mundo de la política, y operaron desde los dos para desatar y aprovechar el proceso de cambio. Manejaron los centros de decisión económica fundando bancos o consiguiendo su dirección mediante operaciones, dominando la bolsa. La preocupación fundamental de las nuevas burguesías latinoamericanas fue consagrar un estilo de vida (una élite) que expresara su condición de clase superior en la pirámide social a través de claros signos reveladores de su riqueza. Un fenómeno con múltiples prácticas como las que describe López Michelsen en *Los elegidos*.

Algo similar presenta Ángel Rama en *La ciudad Letrada* (2004). Uno de sus trabajos más destacados y referente del pensamiento latinoamericano en cuanto que describe y aporta datos sobre el desarrollo histórico, los grupos y las prácticas hegemónicas del continente. El autor examina no sólo el comportamiento de las élites que han ejercido el poder, sino el papel de la escritura y los hombres de letras. Su tesis es que el llamado nuevo mundo se erige sobre la fundación de ciudades, pero que éstas no se reducen al lugar físico, sino que constituyen un espacio imaginario. Pues desde su fundación obedecen a una racionalidad jeraquizadora expresada en las cédulas reales. Documentos que definen la

disposición del espacio y, al mismo tiempo, prescriben el orden social<sup>4</sup>. Las pesquisas le permiten afirmar que a las ciudades de toda la extensión americana las rige “una razón ordenadora que se revela en un orden social jerárquico transpuesto a un orden distributivo geométrico” (Rama, 2004: 38). De este modo se insta una concepción particular proclive a las prácticas discriminatorias, no sólo porque la urbes fundan una estratificación, sino porque emergen como sinónimo de civilización y la periferia rural como dominio de la barbarie.

Pero el proceso tiene otros aditamentos no menos problemáticos. Entre los cuales está el uso de la escritura que termina gestando una dinámica donde va a ser necesario el hombre de letras, que con el tiempo tendrá una participación nada despreciable en el orden social. Pues, “para cumplir su misión civilizadora, resultó indispensable que las ciudades, que eran el asiento de la delegación de los poderes, dispusieran de un grupo social especializado, al cual encomendar ese cometido” Rama, 2004: 55). De ese modo, alrededor del poder va a estar un círculo de administradores, religiosos, educadores, escritores y otros sujetos capaces o hábiles en el manejo de la pluma.

De manera paulatina el grupo de los letrados va a diversificar su ejercicio. Con el tiempo no les bastará con levantar escrituras, redactar cartas, hacer notas contables, etcétera, sino que probarán suerte en la literatura. Si como dice Rama, en el nuevo mundo la escritura se convirtió en una segunda religión, ser poeta pasó a ser la coronación social. Pero además, la escritura artística se convierte en vehículo de mensajes políticos.

---

<sup>4</sup> Rama recupera del archivo de *documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización*, una disposición de 1513 en la que el rey establece lo siguiente: “Vistas las cosas que para los asientos de los lugares son necesarias, y escogido el sitio más provechoso y en que incurren más de las cosas que para el pueblo son menester, habréis de repartir los solares del lugar para hacer las casas, y estos han de ser repartidos según las calidades de las personas y sean de comienzo dados por orden; por manera que hechos los solares, el pueblo parezca ordenado, así en el lugar que se dejare para plaza, como el lugar en que hubiere la iglesia, como en el orden que tuvieren las calles; porque en los lugares que de nuevo se hacen dando orden en el comienzo sin trabajo no costa quedan ordenados e los otros jamás se ordenan”.

La escritura va a estar inmersa en una lucha en el ejercicio de poder que no se limita al plano de lo simbólico. La razón es que hay prescripciones que se ponen por escrito, pero también una resistencia que consiste en no obedecer. La sociedad le rinde culto a la escritura, pero al mismo tiempo se las arregla para burlar la autoridad que se expresa a través de ella. Paradójicamente el “encumbramiento de la escritura consolidó la diglosia característica de la sociedad latinoamericana, formada durante la Colonia y mantenida tesoneramente desde la independencia” (Rama, 2004: 73).

A la larga, el manejo de las letras termina por inclinar la balanza a favor de quienes ejercen el poder. En el caso colombiano este aspecto tiene un valor ineludible, pues con el tiempo quienes ejercen el gobierno van a combinar su rol con el de la gramática. De hecho, entre los presidentes se cuentan cultores de la lengua, cronistas y poetas. A esa pléyade de letrados pertenece López Michelsen. Por tanto, no es algo secundario que, además de tratadista del derecho, haya escrito la obra literaria objeto de este trabajo. Una obra que sin duda pudo escribir, entre otras cosas, con la intención de ocupar un lugar en el grupo de políticos escritores.

## CAPÍTULO II

### LAS VOCES SOCIALES EN *LOS ELEGIDOS*

Dilucidar la visión de mundo planteada en la novela "*Los elegidos*", de Alfonso López Michelsen, demanda, entre otras cosas, determinar las voces sociales que hacen parte de ella. Tal labor implica establecer los comportamientos, pensamientos y actitudes de los personajes que la configuran. Esta caracterización de personajes, sumada a las reflexiones en torno al contexto sociohistórico ofrecidas en el capítulo siguiente, conducen a precisar la estructura social de la época y su visión de mundo particular. En este punto, es preciso advertir que se entiende por voz social aquel conjunto coherente de posturas ideológicas y sociales que, en tanto constituyen una posición diferenciada y autónoma, representan a determinados actores/sectores de una sociedad. En consecuencia, no siempre cada personaje de una obra personifica por sí sólo una voz social, de hecho, es frecuente que varios de ellos sean modulaciones de una misma voz.

Así las cosas, en el presente capítulo se analizan doce personajes de los que intervienen en la novela. La identificación de las voces sociales representadas por los personajes es la primera herramienta para inferir la manera como ellos se vinculan y otorgan sentido a las dinámicas y estructuras de su mundo social. Las distintas situaciones que el protagonista, el señor B.K, vive

junto a los miembros de la “*gente bien*”, son determinantes para su proceso de transformación. La manera de actuar y pensar particular de cada personaje va introduciendo, paulatinamente, las tensiones de carácter ético, social, religioso y político que el señor B.K experimenta tan pronto entran en conflicto su pasado de legados y un presente lleno de oportunidades, aparentemente prometedoras. Al internarse en la elite bogotana, el señor BK configura la radiografía de una sociedad atada a prácticas coloniales y dominada por una clase dirigente, de burgueses capitalistas católicos, representada en sus distintas facetas por Manuel, Castañeda, Pérez, Diego Laynez, Ayarza, el doctor Fausto, Mr. Muir, Villaseñor, Fritz K, Mercedes y Olga.

Antes de centrar la atención en los personajes, es imprescindible situar, a grandes rasgos, los contextos socio-históricos, externo e interno, en medio de los cuales transcurre la obra. En definitiva, tener presente ambos contextos es clave para descifrar algunos comportamientos asumidos por ciertos personajes a lo largo de la novela. Desde el primer capítulo, el autor revela que la historia acontece cuando el mundo está siendo testigo de la Segunda Guerra Mundial. A raíz de este acontecimiento, su protagonista, un alemán protestante con raíces judías, se ve obligado a abandonar su residencia en Fráncfort y establecer como nuevo domicilio la pensión de Miss Grace, posada para extranjeros ubicada en “*La Cabrera*”, exclusivo sector de Bogotá, capital de Colombia. El conflicto mundial, que se desarrolló entre 1939 y 1945, coincidió con los periodos presidenciales de los liberales Eduardo Santos Montejó y Alfonso López Pumarejo. La siguiente cita de la novela constata el contexto externo antes descrito.

Hacia la una de la tarde supimos en “El Pinar”, por una llamada telefónica de un amigo de Manuel, que la flota japonesa había atacado por sorpresa la base naval norteamericana de Pearl Harbor, y que, en consecuencia, ya los Estados Unidos estaban prácticamente en estado de guerra contra las potencias totalitarias. (pág. 59)

Para los fines del presente capítulo, el análisis de la voz social personificada por el señor B.K será efectuado teniendo en cuenta su proceso de transformación. Por consiguiente, establecer las tres etapas por las que atraviesa surge como la alternativa más adecuada para exponer los constantes conflictos internos a los que se ve enfrentado como producto de las discrepancias entre su formación político-religiosa y la de los miembros de la elite bogotana, que lo acoge tras su llegada a la capital. La primera etapa, el choque entre su mundo y el mundo de la sociedad burguesa capitalista católica, se desarrolla a partir de los cinco capítulos iniciales. La segunda etapa, la vive tan pronto entabla relaciones comerciales con Pérez, Castañeda y Diego Laynez y se convierte en miembro del “*Atlantic Club*”. Finalmente, la tercera etapa inicia cuando es incluido en la lista proclamada y termina con su confinamiento en Fusagasugá. Durante ella testificamos, de la misma forma repentina como lo adquirió, la pérdida del estatus social del señor B.K, quien, consiente de que la vida sigue su curso, decide hacerse a un lado y ser un simple espectador.

Atendiendo a lo señalado, es pertinente recordar la forma como el autor da inicio a su obra. Desde líneas iniciales Michelsen revela los primeros contrastes entre la formación político-religiosa del protagonista, en su etapa inicial como explorador de tierras desconocidas, y, la de los miembros de la “*gente bien*”. El relato comienza narrando el momento en el que el señor B.K, aún fiel a su formación como burgués protestante, despierta en una de las alcobas de “*El Pinar*”, cree haber retrocedido treinta años en el tiempo y estar viviendo nuevamente su vida en Alemania. La nostalgia se apodera de él tras contemplar la posibilidad de que el conflicto armado, que lo obligó a renunciar a su vida en Fráncfort, se prolongue indefinidamente. Ha sido invitado por Manuel, uno de sus vecinos de “*La Cabrera*”, a pasar un fin de semana en su casa de campo ubicada a las afueras de la ciudad. Su presencia en el lugar constituye un hecho fundamental, al ser este el primer contacto con un dispositivo social, hasta entonces exótico, en el que pronto se ira adentrando.

Su estancia en “*El Pinar*”, la visita al templo colonial y la conversación con su primo Fritz en la fábrica de cigarrillos, “*La Central*”, son tres de los principales eventos que suscitan en el señor B.K remembranzas de su vida pasada. A través de ellas, da a conocer las razones que lo llevan a asumirse, en un primer momento, como un cuerpo extraño en medio de aquel cúmulo de personas autocatalogadas como “*gente bien*”. El mismo tipo de personas a las que estando en Alemania les profesaba animadversión, pero ante las que ahora, estando en suelo americano, se sentía obligado a congraciar.

Si bien las diferencias están presentes entre los miembros de este selecto círculo social, todos comparten costumbres que los lleva a reconocerse entre ellos como gente decente con la que conviene ser relacionada. Adquirir un estilo de vida en el que se imitan costumbres inglesas, declararse abiertamente católico, tener una vida social activa y hacer notar a la menor oportunidad la preeminencia política y económica adquirida, son algunos de los requisitos para ser aceptado como miembro del “*Atlantic Club*”. Sitio de congregación por excelencia de los que han conseguido ingresar al distinguido e impenetrable círculo social de “*gente bien*”, una clase social diestra en el arte del engaño y que, al ocultarse tras fachadas, nunca revela su verdadero rostro.

La descripción que Michelsen entrega del señor B.K como europeo burgués calvinista, hacen de él la primera voz social objeto de estudio. Al inicio de la obra estamos ante un protagonista que sigue cuidadosamente el desarrollo de la guerra, anhelante de que esta finalice para poder retornar a su patria y recuperar su vida. Cuando aún está ligado a su pasado como protestante describe el ambiente que se respira en “*El Pinar*”. El siguiente fragmento ilustra la crisis que experimenta el señor B.K al encontrarse frente a un nuevo dispositivo social del que, cegado por la ambición, se deja seducir y acepta ser uno más de sus engranajes.

Ya no tenía treinta años ni vivía en Normandía, ni Mongelas sabía desde hacía mucho tiempo nada de mi [...]. La guerra había puesto fin a nuestra correspondencia desde hacía varios meses y difícilmente podríamos adivinar en adelante nuestros propios caminos. Yo vivía una nueva vida, rodeada de seres extraños, casi todos más jóvenes que yo y de costumbres casi tan diferentes a las de los hombres de mi generación y de mi país, que la ilusión de aquella mañana no podía durar sino el espacio de unos pocos segundos, los segundos que el explorador europeo tarda en darse cuenta que ya no está en su aldea” (pág. 44)

Cuando su codicia y vanidad aún no consiguen que pierda de vista sus principios y se vuelvan flexibles sus deberes de conciencia y sus buenas maneras, el señor B.K ve en la costumbre deliberada de la “*gente bien*” de practicar la impuntualidad como mecanismo para resaltar la supremacía social, de ver en el engaño un arte, de despreciar la lengua materna y el territorio y de establecer amistades por conveniencia, el retrato de una clase social ambiciosa que únicamente teme y respeta a la Iglesia y al gobierno de los Estados Unidos. Una clase dirigente que, pese a estar completamente desvinculada del bienestar e intereses del resto de sus connacionales, aspira a dirigir el rumbo del país.

La práctica de un catolicismo centrado en la adoración de imágenes y la celebración con opulencia de ritos y sacramentos religiosos para figurar en la sección social de los periódicos, el afán de incrementar desmesuradamente la riqueza y el deseo de alcanzar una posición de poder que asegure un lugar privilegiado en la escala social, son otros rasgos de la “*gente bien*”. Estos son descritos con mayor detenimiento, en los capítulos II y III en los que se relata, respectivamente, los diálogos que sostiene con Mercedes durante su visita al antiguo templo de culto católico, y, con su primo Fritz K. en “*La Central*”.

Durante la conversación que sostiene con Mercedes al interior del antiguo templo católico, el señor B.K revela algunos detalles de su formación religiosa calvinista en Alemania. Señala la aversión al “papismo” y al afán de humanizar a Dios, como dos de las prácticas que caracterizan al catolicismo y que lo hacen,

entre otras muchas, antagonista del protestantismo. En este punto, y para evitar caer en imprecisiones, resultan de gran ayuda los planteamientos ofrecidos por Max Weber, en su obra *“La ética protestante y el espíritu del capitalismo”*, en torno a lo que implica ser calvinista. Es de acuerdo a lo allí expuesto, que aquí se sostiene que el señor B.K es el símbolo del espíritu del burgués protestante europeo.

Weber afirma que el calvinista vive una profunda soledad interior y que la dicha eterna es el pensamiento más determinante. Para el calvinismo el hombre está irremediablemente condenado a recorrer sólo el camino hacia un destino ignorado, dispuesto desde la eternidad. Nadie puede ayudarlo; ni el predicador, porque sólo el elegido es capaz de comprender espiritualmente la palabra de Dios; ni los sacramentos, porque estos son, es verdad, medios ordenados por Dios para el aumento de su gloria, y no medios para alcanzar la gracia. Tampoco de Dios se puede esperar la ayuda, pues el mismo Cristo murió por los elegidos, destinados por Dios desde la eternidad para ofrecerles el sacrificio de su vida.

Según plantea Weber, el verdadero puritano considera que para aquel a quien Dios ha negado la gracia no existe medio mágico alguno que pueda otorgársela. El mundo está exclusivamente destinado para honrar a Dios. El cristiano elegido no existe nada más que para aumentar la gloria de Dios en el mundo, cumpliendo con sus mandatos. Ahora bien, Dios quiere que los cristianos hagan obra social, pues desea que la vida social adapte su estructura conforme a sus preceptos y se organice de modo que responda a tal fin. El trabajo social del calvinista en el mundo se hace únicamente en mejorar su gloria. En la siguiente remembranza, proferida por el señor B.K, puede percibirse la idea de predestinación planteada por el calvinismo.

Nuestro mundo era un mundo de paz, ya estabilizado e inmutable, del cual no esperábamos grandes acontecimientos que trastornaran las jerarquías establecidas. Era un universo rutinario en el que los marcos

de la sociedad habían quedado definitivamente ordenados desde hacía más de medio siglo. Crecíamos en orden. La edad madura nos sorprendía a todos en el mismo sitio que nos había deparado la suerte desde la cuna. (pág. 56)

Como voz social el protagonista representa, por medio de continuas reflexiones, una crítica al sistema religioso del país, específicamente a la celebración de cultos y a la devoción a imágenes, prácticas a través de las cuales se cree son concedidos los milagros. Es una mirada occidental que pone en paralelo lo católico con lo protestante pero que no emite juicios de valor sobre ninguna de las dos doctrinas religiosas. El señor B.K es consciente que su rígida formación evangélica lo ha incapacitado irremediabilmente para comprender del todo las aspiraciones y prácticas de quienes lo rodean. Seguidores de una tradición católica que los mantiene fieles a prácticas pietistas. Estar en presencia del antiguo templo colonial católico, cuyos muros saturados con imágenes explícitas ocultan el deseo, reprochado por la familia de B.K, de humanizar a Dios, surge, el contraste entre la exuberancia de imágenes de los templos católicos y la sencillez de los templos puritanos a los que su madre lo llevaba cuando era niño.

En medio de la desolación de la plaza de la aldea, que en la época colonial debió haber tenido rango de villa o de ciudad que habíamos ido a conocer, ya casi derruida y a la que en vano trataba yo de hallar algún rasgo de belleza arquitectónica que justificara la admiración de mis amigos. Era un templo antiguo, de unos ciento cincuenta o doscientos años que en estas sociedades son como mil de los nuestros [...]. Los cuadros que adornaban el interior de la capilla, tampoco tenían a mis ojos méritos artísticos alguno; pero reinaba en cambio dentro de aquellos muros una atmosfera de piedad campesina, entre supersticiosa e ingenua, capaz de sembrar de interrogantes sobre el destino humano al espíritu más antirreligioso (pág. 63).

Para los puritanos el primero y más importante de todos los pecados es el derroche del tiempo. Perder el tiempo en la vida social, en lujos o incluso en dedicar al sueño más tiempo del indispensable resulta ser condenable. El anterior principio es visible en la siguiente reflexión que el señor B.K esgrime como respuesta a la violenta reacción de su primo ante su idea de vender sus acciones en “*La Central*”.

No. No es que yo piense en vender las acciones de “La Central” para aumentar mis ingresos. [...] Del deseo de hacer dinero ya estoy curado. Yo sé de qué manera una fortuna amasada en años se pierde en unas horas. “Mas liviano trabajo es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico al reino de Dios”. Pero los mismos evangelios nos enseñan que no tenemos derecho a vivir sin trabajar, a permanecer ociosos. ¿Recuerdas la parábola de los talentos? ¿Qué quiere decir que el amo le quito los talentos al siervo que los enterró para regárselos a aquellos otros siervos que habían trabajado los suyos? Que debemos trabajar el capital que Dios pone en nuestras manos y no dejarlo inactivo. (pág. 76)

A medida que el relato avanza, mayor es la distancia entre el señor B.K. y su pasado. Consciente acepta romper con sus costumbres protestantes. Los sólidos principios bajo los que ha sido educado empiezan a palidecer al tiempo que su círculo social se amplía. Motivado por el estado de guerra prolongado que se vive en su país decide emprender acciones para ocupar un lugar dentro de él, en últimas, cada vez más seductor mundo de la “*gente bien*”, de “*los elegidos*”. “Un estado dentro del estado” conformado por sujetos que viven en un contexto de derroche, lujuria, fiestas en Clubes y paseos, cada fin de semana, a sus propiedades y las de sus amigos a las afueras de la ciudad. Una clase social cuya idiosincrasia es reflejada por los boleros y sus letras. Un mundo de negocios con ganancias exorbitantes, espectáculos políticos, religiosos y juicios militares. Una elite poderosa que, a diferencia del puritano, ve en la oración el medio para pedir favores a sus divinidades, contra quienes la emprenden al no sentir satisfechos

sus ruegos. Una clase social que manipula y controla todos los estamentos sociales y estatales, tal como lo hace con sus santos.

Tan pronto como contempla y lleva a cabo la idea de vender sus acciones en la fábrica de cigarrillos para entablar negocios con Pérez, Castañeda y Diego Laynez inicia la segunda etapa del señor B.K. Él acepta unirse al círculo social de la *“gente bien”*, aun sabiendo que la manera en la que sus miembros incrementan sus fortunas, ascienden en la escala social y conciben el ejercicio de la política, va en contravía de los principios de la educación calvinista que recibió. Las tensiones de carácter ético, social, cultural y religioso, aunque siguen presentes, son menos punzantes. Ante la propuesta de nacionalizarse colombiano decae su interés en Europa y empieza a ver en el conflicto mundial la oportunidad para incrementar su poder y fortuna.

Su meticuloso respeto hacia las leyes del país que lo acogía fue disipándose y ellas aparecieron sujetas a infinitas interpretaciones que permitían su evasión en las clases altas y su cumplimiento a raja tabla en las clases menos favorecidas. La aplicación de la ley dependía de si se pertenecía o no a lo que su primo Fritz y el resto de sus conocidos le habían enseñado a llamar *“gente bien”*. Aplicar la ley a uno de los de arriba significaba una falta de gusto, una violación a un precepto sagrado según el cual la *“gente bien”* nunca delinque. Impartir justicia en esta sociedad no era más que la interpretación cabal de la distinción teológica de los calvinistas, invalidada por la iglesia católica, entre los predestinados desde la eternidad a ser elegidos o réprobos. Es bien conocido el dicho popular de que asegura *“la justicia es para los de ruana”*. El siguiente fragmento ilustra la transformación que vive el señor B.K luego de aceptar renunciar a su pasado en Alemania y darle la bienvenida a un futuro, supuestamente venturoso, en tierras suramericanas.

Nunca la vida fue tan benigna con nosotros los europeos y yo me sentí culpable de una especie de traición a mis principios, incorporado a

este mundo feliz, en donde cada cual modelaba su destino a su antojo. Conocí, en unos días la angustia de sentir que me internaba más y más en este mundo tan temido, sin esperanza de retorno; pero la selva me fascinaba con su embrujo. Iba a ser rico, muy rico, y a tener muchos amigos...quizá hasta sometería a Olga a mi deseo, cuando la selva para mí no tuviera misterios y sus más intrincados vericuetos fueran caminos trillados por mis pasos. (pág. 119)

El presente del señor B.K, hasta entonces favorable, deja de serlo. Como producto de las acusaciones infundadas el señor B.K vive meses enteros de desasosiego. A la espera de conocer su destino retoma su antiguo hábito de seguir de cerca la evolución de la guerra. La noticia del hundimiento de una goleta colombiana a manos de un submarino alemán provoca que sean reanudadas las sesiones para votar la ley que lo convierte en víctima del despojo de sus bienes. La aprobación de la ley Villaseñor hace que Fritz K. sea nombrado como el administrador de su patrimonio. Con uno de los decretos que reglamentan esta ley, es contemplada como medida preventiva la reclusión en Fusagasugá de los súbditos incluidos en la lista proclamada. Hasta este municipio llegaba, cada domingo, Olga trayendo consigo su correspondencia y la misma cantidad de dinero a la que tenía derecho a recibir mensualmente, según lo dispuesto por la mentada ley, como producto de la rentabilidad de sus bienes, sin importar que esta fuera cientos de veces mayor. Ni siquiera en este periodo de desgracia el señor B.K abrazó la esperanza de obtener el milagro de la salvación, tan recurrente en la conciencia católica. En el fondo seguía siendo un espíritu puritano que con resignación esperaba conocer la voluntad de Dios sobre su destino.

ya era un vencido de la vida, anonadado por el sinnúmero de factores imprevisibles que forjaban mi destino a su antojo. Se habían hecho las tinieblas a mi alrededor y yo andaba como un ciego, no en busca de una luz de la que me sentía definitivamente privado, sino tratando de evitar nuevos golpes, venidos del fondo de la noche, me hirieran a mansalva, mientras yo caminaba en mi propia obscuridad. (pág. 246)

Una vez más, este sistema de adiciones a la lista era la materialización del concepto de predestinación. Los allí incluidos representaban a los réprobos escogidos por una voluntad superior para condenarse. En el mismo tiempo récord en el que es aceptado pasa a ser despreciado, calificado como peligroso delincuente y privado de la libertad. Ser acusado de simpatizar con los nazis le significó ver el lado oscuro de ese mundo al que creyó ingenuamente haber pertenecido. De ese mundo de ambiciones desmedidas y dispuesto a adular servilmente al tirano de turno, que le develó su implacabilidad dándole la espalda, hace parte, entre muchos otros, Manuel, la segunda voz social.

La información que tenemos sobre Manuel es que es propietario de *“El Pinar”*, está casado con una mujer española y es quien acerca por primera vez al señor B.K al círculo social de *“gente bien”*. Por si solos los anteriores datos no revisten de gran importancia, pero más adelante, a la luz de los planteamientos ofrecidos por Romero, cobran sentido y se vuelven trascendentales para establecer a Manuel como el representante del hacendado colonial que hizo parte del nuevo patriciado, la clase dirigente que emergió luego de consolidada la Independencia. Durante la conversación que sostienen en *“La Central”* B.K y su primo Fritz, este último, en su obsesión de clasificar a sus amistades en categorías sociales desde las más a las menos elevadas, cataloga a Manuel como *“gente muy bien”*.

Según relata Fritz, la familia de Manuel ha pertenecido por casi un siglo a la elite bogotana, logro que iba acompañado de la distinción de ser los únicos propietarios de *“El Pinar”*. Esto último, los hace dignos de reconocimiento en una sociedad en la que a diario aparecían, de la nada y desde la provincia, nuevos ricos interesados en adquirir el estatus social otorgado por la compra de una propiedad a las afueras de la ciudad. Cuando se compra una casa de campo se está comprando también la posición social ocupada por sus anteriores dueños,

quienes al no poder sostener la posesión del bien se convierten en las llamadas “*familias venidas a menos*”.

La dinámica anterior es expuesta con detenimiento por José Luis Romero en el capítulo “*Las ciudades patricias*” de su obra *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. En él, Romero describe la manera como, a raíz de la inestabilidad social que trajo consigo la consolidación de la República, se constituyó una nueva clase dirigente llamada a establecer el orden social al tiempo que se dieron las condiciones para que se efectuara el, hasta entonces impensable, fenómeno de movilidad entre clases sociales. En medio de una sociedad fragmentada que reclamaba la imposición de una estructura social garante de la coexistencia de las nuevas nacionalidades originadas luego de culminados los esfuerzos independentistas, surge el nuevo patriciado. Conformado por los diversos grupos sociales que, con peculiares maneras de pensar y vivir y hasta entonces invisibles en la ya quebrantada estructura social, vieron en la sociedad revolucionada la oportunidad perfecta para irrumpir en las ciudades, penetrar en las elites y reclamar participación en la administración del destino de la sociedad. Fue a través de su poderío económico que diversos grupos emprendieron la lucha entre ellos por imponer sus respectivas ideologías como esquemas para establecer el nuevo orden social, hasta entonces rígido e inmutable.

El quebrantamiento de la estructura social, dominado por las tradicionales burguesías criollas, permitió que, pese a no contar con títulos ni abolengos, comerciantes e industriales de provincia poseedores de un patrimonio considerable tuvieran la posibilidad de integrar la clase dirigente. Una clase social heterogénea, con ideologías entrecruzadas y conformada por individuos provenientes del sector rural y por miembros de los antiguos patriciados que, ante la abolición aparente de los esquemas coloniales, se vieron obligados a ceder parte de su poder hegemónico. Estas y otras circunstancias provocaron el fenómeno de movilidad entre clases.

Menos profundo era el abismo que separaba a las clases medias de las bajas. Había entre ellas una fuerte tensión, precisamente porque existía una cierta fluidez a pesar del esfuerzo de los sectores más elevados para parecer inalcanzables. Cursi o siútico era aquel que, perteneciendo a las clases medias, se empeñaba en imitar las formas de vida y los hábitos propios de las más distinguidas. Pero la perseverancia y el éxito vencía las barreras a partir del momento en que alguien lograba amasar una respetable fortuna. Alguna vez podía ser un azar: una veta minera, un renglón de exportación e importación oportunamente advertido, una explotación rural afortunada que traía a la ciudad a su beneficiario, un negocio prospero, ponía al nuevo rico en situación de dar la batalla social para ser admitido en los círculos más selectos. (Romero, 1999: 225)

Manuel representa una oposición a los principios del señor B.K. Pone en evidencia una cultura caracterizada por la poca identidad con su pueblo. Esta afirmación se desprende, entre otras cosas, de su desprecio y el de la “*gente bien*” hacia su lengua materna. Al considerar el español como un dialecto popular con el que solo es posible relacionarse con la gente inferior, Manuel prefiere entablar conversaciones en francés o en inglés con aquellos a los que considera como sus iguales. Desde su particular manera de entender el mundo, hacer esto a la vez de otorgarle importancia establece su posición privilegiada entre las demás clases sociales. Sus valores están representados en el capital y la buena vida. Maneja un discurso poco profundo sobre la misma existencia y sus reflexiones vacías se enfocan en emitir juicios sobre el comportamiento de sus amigos.

Las dinámicas propias del nuevo patriciado, producto del entrecruzamiento de ideologías, de la perpetuación de la tradición colonial y del contacto con lo rural, según denuncia Michelsen, están vigentes, luego de pasadas algo más de seis décadas, en esta sociedad. No es fortuito el énfasis que Michelsen da al hecho de que en ella existan sujetos como Manuel, dueños de grandes haciendas decoradas al estilo inglés, casados con españolas y en procura de entablar deliberadamente una relación de amistad y negocios con extranjeros influyentes.

Y en verdad, todo en aquella casa de “El Pinar” denunciaba el purito anglicizante de las sociedades capitalistas en su periodo de formación. No solo el idioma, sino el decorado mismo de aquella mansión, el modo de vestir de la concurrencia masculina, los licores que se bebían y el tabaco rubio, único tolerable para aquel reducido grupo, todo delataba el deseo de asimilar las costumbres británicas que tanto me habían llamado la atención en otro tiempo entre el alto mundo social de los países balcánicos” (pág. 47)

Dentro de las personas invitadas por Manuel a “*El Pinar*” esta quien encarna la tercera voz social, Castañeda. Un comerciante de sanitarios con formación en los Estados Unidos, país al que profesa gran estima y confianza. Quizás, es por este motivo, que intenta revestir su discurso de un tono doctoral haciendo uso de palabras inglesas. Para él, la prolongación de la Segunda Guerra Mundial antes que perjudicarlo representa el escenario perfecto para entablar nuevos negocios que produzcan mayores ganancias. Las circunstancias externas no consiguen afectar sus negocios, cosa que, si hace las políticas internas emprendidas por el gobierno de turno, impopular entre las clases altas, para evitar la inflación monetaria. Al tratar de frenar el incremento de los precios con la implementación de políticas proteccionistas, el gobierno, se declaraba como enemigo de “*los elegidos*” y de su sagrado derecho: el derecho a enriquecerse fácilmente.

Al verse afectado por la clase dirigente, que no representa sus intereses, y, en búsqueda de una posición de mayor prestigio, Castañeda aspira a un alto cargo en la política como ministro o embajador. Sin duda, los anteriores rasgos hacen de él el representante del comerciante oportunista que ve el progreso y salvación de las tierras latinoamericanas en manos de otros. Personifica la esperanza de aquellos que aspiran a traspasar las fronteras entre clases para buscar el peldaño último en la escala social, aquellos dispuestos a cambiar de oficio por uno que resulte más útil. De nuevo, en él está presente la doctrina católica, antagónica a la idea de predestinación, según la cual cada hombre tiene en sus manos la posibilidad de cambiar su destino, para mal o para bien. La

siguiente cita evidencia la fe que Castañeda deposita en el poderío norteamericano.

Si los Estados Unidos van a entrar en la guerra, esta no puede durar mucho tiempo. Contra la eficiencia americana ni hay nada. Cada día los americanos están inventando algo nuevo: en armamentos, en aviación, en medicinas, en ciencias de toda clase [...] Los mosquitos en el trópico se acabarán, porque va a haber un producto que los hará perecer en el aire si se aproximan a más de una determinada distancia del cuerpo humanos. Es necesario pensar en lo que representara para el saneamiento de los países tropicales este descubrimiento. (pág. 52)

Con un aire similar al de Castañeda aparece su socio Pérez, la cuarta voz social. Pérez, es un abogado cuarentón, especialista en negocios generadores de grandes ganancias y esposo de Mercedes. Con sus alucinantes proyecciones, sobre los dividendos que producirían los nuevos negocios que se emprendan en medio de la guerra, consigue astutamente hacer partícipe de ellos al señor B.K. En la novela se muestra como un personaje preocupado por hacer predicciones sobre el papel de América Latina en las dinámicas económicas globales que vendrán luego de terminado el estado de guerra. Sujeto adulador y seguro de sí mismo, es el auténtico representante del grupo de "*los elegidos*". Simboliza la avaricia, la acumulación del capital y la necesidad de hacerse a la amistad de sujetos influyentes, garantes de su participación en el poder. El siguiente fragmento ilustra el alarde que hace de su destreza para generar grandes ganancias sin trabajar, esto último, contrasta abiertamente con la escala de valores de un burgués europeo como el señor B.K.

En América del Sur cualquier acción produce, sin necesidad de trabajar, el 10% o el 12%, además del mayor valor que va adquiriendo en el mercado. El que trabaja en el comercio sabe que un capital se dobla en un solo año. Comprando solares en los sitios estratégicos de las grandes ciudades, se gana también, sin trabajar, el 50% o el 60%,

con la sola valorización que se obtiene en unos pocos meses. [...] La contienda armada no los afectaba sino de muy lejos, y hacía que, por el contrario, sus negocios produjeran, como decía el abogado Pérez, el 50% y el 100% de la inversión original en un solo año. Negocios inconcebibles para la escala de valores de un burgués europeo, como yo, que, de timorato, nunca me atrevía a emprenderlos, pensando que lo hacía por prudencia. (pág. 55)

Cuando B.K trata de obtener información sobre Pérez, en medio de la conversación que sostiene con su primo Fritz, descubre que éste pertenece a una *“familia venida a menos”* y que, al parecer, su matrimonio con Mercedes se efectuó por mera conveniencia. Sus amigos lo reconocen como un sujeto ambicioso que para surgir se vale de la política. Pese a que su interés no está en los asuntos políticos sino en el dinero, ha ocupado algunos puestos diplomáticos que le han permitido conocer el mundo.

B.K empieza a frecuentar con mayor regularidad la oficina de Pérez, atraído por la habilidad de este para hacer negocios. El establecimiento de relaciones comerciales entre ellos los convierte en amigos y socios. Tales negocios consisten en hacer inversiones en la bolsa de valores. Es Pérez, quien finalmente es capaz de seducir al señor B.K y acaba por orquestar su entrada al hermético mundo de *“los elegidos”*. En medio de esta dinámica de hacer negocios con Pérez, el señor B.K reconoce que sus decisiones han acarreado una ruptura con el conjunto de valores inculcados, desde la infancia, por su familia, acérrima representante del estilo de vida dictaminado por la religión protestante. Pese a ello, la lucha interna del señor B.K sigue percibiéndose mediante reflexiones en torno al comportamiento de sus nuevos conocidos. Para él, entablar negocios con la gente de la elite simboliza su iniciación en la comunidad de *“los elegidos”*.

Movido por el ánimo de establecer pronto nuevas relaciones comerciales, Pérez conduce al señor B.K a la oficina del corredor de bolsa Diego Laynez. Él es quien lo asesora en la venta de sus acciones en *“La Central”*. Como miembro de la *“gente bien”* también pretende imitar el estilo de vida inglés. La decoración de su

oficina se asemeja el estilo de los despachos de los corredores de bolsa londinenses. En un intento por establecer lazos de amistad entre ellos, Laynez invita a su casa al señor B.K para celebrar el cumpleaños de su hija. La facilidad con la que Manuel y ahora Laynez le habían abierto la puerta de sus hogares, claro está al considerarlo económicamente como un igual, sorprendía al señor B.K. Mientras en este y otros territorios de Suramérica resulta natural el rápido establecimiento de lazos fraternales con los extraños, en tierras europeas alcanzar un nivel de intimidad semejante era improbable.

Para mí era sumamente extraño que, en el día mismo en que nos conocíamos, Laynez tomara la iniciativa de hacerme una invitación a su residencia, más aún tratándose de una reunión tan íntima como una fiesta de familia. Acepté, sin embargo, de muy buen grado; porque con el tiempo, iba acostumbrándome a estas modalidades de la mentalidad latinoamericana que tan generosamente abre las puertas de su casa al extranjero. (pág. 101)

La amistad con Diego Laynez crece a la par de sus operaciones comerciales cada vez más rentables. Ocurría una visita al "*Atlantic Club*" cada que con un buen movimiento en la bolsa obtenían jugosas ganancias. Sus frecuentes visitas al lugar otorgaron al señor B.K reconocimiento entre sus miembros. Respaldado por Laynez, el señor B.K fue admitido, repentinamente, como un miembro más del "*Atlantic Club*". Tras su nombramiento como socio, los contactos de Laynez, junto con su capacidad para hacer favores políticos, se sumaron a su lista de conocidos. A partir de este momento, la vida social del señor B.K. transcurre en medio de partidas de tenis, con las que va siendo testigo directo de la inmensa injerencia de los miembros del club sobre la agenda política del país. Como resultado de la traición a la táctica, gestada por el mismo, para hacerse a la gerencia de la fábrica de cigarrillos, Laynez se instala como miembro de la junta directa de "*La Central*".

Layne representa a esta clase social cuya profesión goza de la estima de jefes políticos que requieren de las destrezas de sujetos como él para incrementar su patrimonio. Al poseer conocimientos sobre el comportamiento de la economía, consigue entrar en simpatía con importantes personalidades del país. El círculo de la *“gente bien”* está integrado por sujetos que se dedican a todo tipo de actividades cuyo desempeño implica tener poder sobre algún sector de la sociedad. Los cargos que ocupan son empleados para hacerse favores entre ellos.

Este es fulano, me decía mostrándome un sesentón narizotas. Tiene muy buenas conexiones con el ministro de relaciones exteriores. Este es Zutano, gerente del banco del Estado, que es el único banco verdaderamente amplio, en donde se consigue crédito sin garantías específicas. Esta es Mengana. El mejor baile de año nuevo es el que ella ofrece en su casa. (pág. 108)

Llama la atención la relación entre Laynez y Ayarza, astuto dirigente sindicalista de izquierda. En la fiesta de cumpleaños de la hija de Laynez están presentes, junto a Ayarza, algunos de los grandes capitalistas que normalmente son los destinatarios de diatribas con las que el líder sindical consigue movilizar multitudes. Sin duda tal situación es paradójica, pero ambas partes aceptan estar en comunión. Mientras aún conserva la manera de hablar de la clase popular de la que proviene, y dice representar, y, proclama a viva voz la igualdad entre ricos pobres, Ayarza es absorbido por una realidad ajena para sujetos que como él posan de caudillos. Aunque el caso de Ayarza podría tomarse como excepción a la regla de impenetrabilidad que caracteriza a la clase burguesa, su entrada al círculo social de la *“gente bien”* se produce solo porque ellos así lo quieren. Bien es sabida la estrategia de guerra que reza, mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca.

La aceptación de Ayarza en el círculo social de los miembros del “*Atlantic Club*”, representa una jugada estratégica de la clase social alta. No es Ayarza el que consigue entrar a ella, sino que es ésta quien permite su entrada. Podría pensarse que Ayarza materializa el sueño de ser aceptado en la elite a pesar de su origen humilde, pero lo cierto es que su ingreso al círculo social no está motivado por una noble razón. Su peligrosidad es neutralizada por la falsa sensación de pertenencia y aceptación. Refugiado en el pensamiento utópico del país de las oportunidades y luego de pasar por el tamiz extranjerizante, Ayarza da un paso al costado y renuncia a la responsabilidad de fundar un proyecto propio de nación. Efectivamente, el deslumbrante mundo de los clubes torna borrosas las banderas de la igualdad y la democracia que dice defender como líder sindical. Aunque no pertenece a la clase social alta, también está presente en él la mentalidad de traspasar las barreras de las clases sociales y conseguir una mejor ubicación en la escala social. Para el señor B.K, Ayarza representa la aspiración de unos cuantos individuos que al intentar escapar a su clase social evade su destino.

Inevitablemente mis raciocinios me encaminaban hacia el mismo problema religioso de la oposición entre nuestra doctrina de la predestinación, como una actitud ante la vida, y la doctrina católica de la gracia. ¿Por qué ninguna persona en Alemania se avergonzaba de su condición ni la perdía tan fácilmente? Nunca vi yo un burgués serio divorciarse de su tradición comercial y darse aires de conde, usando monóculo a flor en la solapa, como tantos amigos míos [...] pretendían aquí esconder su origen, adoptando el vestido, el léxico y las costumbres del grupo imperante [...] como el camaleón adquiere el color de la rama en la que duerme. [...] Entre nosotros cada uno acepta su oficio como parte de la predestinación impuesta por Dios y nadie quiere esquivarlo, disimulándolo, o disfrazándolo. (pág. 105)

La voz de Ayarza personifica la ideología comunista y es presentada por el narrador como una propuesta que fracasa en un territorio dominado por un

pequeño grupo de sujetos que controlan todo lo que acontece a lo largo y ancho del territorio nacional. Es una voz fallida porque no es capaz de generar una verdadera revolución social. Ayarza se desvincula de su condición sindicalista y encausa sus esfuerzos para ascender en medio de un escenario en el que sus ideas y costumbres son suplantadas por otras. Él proclama un discurso crítico y filantrópico que no corresponde con sus acciones. Pese a que su procedencia le ha permitido conocer la cara sombría del capitalismo, Ayarza está dispuesto a darle la espalda a su pasado y a abandonar las ideas que lo llevaron a ser elevado a la categoría de líder social del pueblo. Un pueblo cuyos intereses deja de defender en procura de su bienestar individual.

En este entramado de personajes, hace su aparición el doctor Fausto. Un médico que en medio de las continuas reuniones acontecidas en el *Atlantic Club* manifiesta toda clase de impertinencias con las que desdibuja el carácter noble de los allí presentes. La gracia con la que reviste sus declaraciones evita que sea tomado como un sujeto molesto e impertinente, del que conviene deshacerse. Denunciar sin tapujos la manera abrupta en la que familias de provincianos y pequeños comerciantes con suerte en los negocios habían conseguido, mediante la compra de títulos, permear el círculo social de la “*gente bien*”, consolida al doctor Fausto como un *Kyniko moderno*. Aunque, en su sentido original, conserva la misma radicalidad del Kyniko clásico, dadas las circunstancias de su tiempo, no le es posible distanciarse por completo de la sociedad.

Tal precisión terminológica es indispensable. A lo largo del tiempo en torno al término *Kyniko* se han tejido distintas interpretaciones que desvirtúan el verdadero sentido de este movimiento contracultural de la antigüedad greco-romana. Una de connotaciones negativas que le han sido atribuidas aluden a la supuesta capacidad del cínico para engañar. El *Kynismo* en la antigüedad significaba todo lo contrario, al estar vinculado a una forma de vida sustentada en la práctica de decir la verdad sin disimulo ni reserva. En tanto forma de vida está orientado por una serie de principios entre los que se destacan: la franqueza, la

extrema coherencia entre el decir y el obrar, la defensa de la libertad, la búsqueda de la independencia, la práctica de una actitud antipolítica y el distanciamiento de las convenciones sociales en un afán por volver a vivir en un estado natural que contribuya a alcanzar la felicidad y la libertad. Como es de esperarse, su deseo de decir la verdad sin disimulo, convierte al *Kyniko* en un ser insolente, imposible de tolerar para la sociedad. Ante tal peligro, el humor se convierte en una herramienta que le permite sobrevivir en la sociedad de apariencia de la que intenta aislarse.

-Ve usted, señor K.- me decía socarronamente-, aquí como en Europa, tenemos distintas clases de nobleza. Hay la nobleza Imperio, nobleza reciente, que es la posición social adquirida con la riqueza proveniente de la industria. [...] Otras familias se volvieron “gente bien” a comienzos de este siglo exportando café, cuando el negocio de exportación era libre y el producido en divisas se podía vender sin control en el interior del país, ganándose el ciento por ciento. Es una nobleza menos encumbrada que la de la quina: pero mejor que la del aguardiente y el azúcar. [...] Hoy se hacen fortunas en el comercio, en el negocio de drogas, de ferretería, de importación de licores extranjeras o de ropa para hombre...Ninguna de estas fortunas da posición social si no va acompañada de la compra de una propiedad en la sabana, para recibir a los amigos los domingos... (pág. 111)

Lo que el Doctor Fausto devela, sin pudor, al señor B.K es la cara desleal y plebeya del mundo de “*los elegidos*”, una minoría que finge ser culta y refinada haciendo alarde de las costumbres inglesas, pero cuyos orígenes distan de ser nobles, en la mayoría de casos. El carácter *Kyniko* del doctor Fausto sale a relucir nuevamente cuando, para no ser visto en su compañía lo invita al bar *Las Águilas*, le aconseja que abandone sus planes de celebrar la Noche buena en compañía de sus “amigos”. Con toda clase de excusas, ellos rehusarían sus invitaciones para evitar ser relacionado con él. Luego de aparecer los rumores infundados sobre la militancia del señor B.K en el partido nazi, su amistad era inútil e indeseable. El señor B.K comprende que la amistad con la “*gente bien*” solo es posible cuando se

goza de buena racha, luego de caer en desgracia ella desaparece con la misma inmediatez con la que apareció.

De la conspiración contra el señor B.K es participe Mr. Muir. Como emisario de la embajada norteamericana para adelantar investigaciones que den con el paradero de los enemigos de los Estados Unidos presentes en el territorio goza de gran poder. Su arrogancia le hace creer que en virtud de su cargo tiene el derecho de disponer a su antojo del destino de todo aquel que se cruce en su camino. Para aquellos declarados como enemigos, con o sin motivo aparente, la vida ha llegado a su fin. Según lo anterior, es posible concluir que Mr. Muir es la representación del Imperio y su poder en el territorio. Su cargo como diplomático de Norteamérica es de los pocos a los que temen y respetan “*los elegidos*”. Ellos, atemorizados por la posibilidad de que su nombre sea incluido en la lista negra y les sean confiscados sus bienes, actúan condescendentemente con Mr. Muir. Ante su condición como portavoz de una civilización considerada superior el poder de *los elegidos* se ve disminuido. Ellos, como parte de una sociedad que aún conserva vicios de su pasado colonial, se asumen como una cultura subdesarrollada cuyo progreso está en manos de otros.

El presente del señor B.K, hasta entonces prometedor, da un giro de ciento ochenta grados. Ser tenido como enemigo de los Estados Unidos le implica, además de la pérdida de su vida social, la expropiación de sus bienes. Ambas situaciones le obligan a vivir situaciones a las que como alemán refugiado nunca antes había tenido que enfrentarse. La estima que consiguió luego de que rompió con su *ethos*, es un simple espejismo. Disipada la ilusión, el señor B.K descubre que los elegidos están dispuestos a cambiar de bando y profesar fidelidad a quien corresponda.

No son motivaciones propias las que llevan Mr. Muir a incluir al señor B.K en la lista negra. Tal artimaña es producto de una confabulación en la que participan, al menos directamente, Villaseñor y su primo Fritz K, las dos últimas voces sociales encarnadas por personajes masculinos. El primero de ellos,

Villaseñor, es un abogado que se jacta de ser pobre. Pocos días antes a la realización de la asamblea, convocada para elegir a la nueva junta directiva de “*La Central*”, adquirió tres acciones en la empresa para tomar partida en la discusión que buscaba destituir de sus puestos administrativos a quienes habían estado en ellos por años. Su inesperada intervención en medio de la asamblea es la respuesta de Fritz K. a la maniobra, gestada por Pérez y Laynez, para que el señor B.K les otorgue un poder de representación bajo la promesa de salvaguardar sus intereses en la empresa. Villaseñor no es más que el instrumento del que Fritz K. se sirve para prolongar su mandato como gerente. Haciéndose pasar como un ciudadano de a pie, preocupado por el bienestar de la patria, emprende su ataque contra el señor B.K. No titubea para hacerlo parecer como un vulgar intrigante y promotor de maniobras que atentan contra el bienestar económico y político del país.

Villaseñor es un *hausjude*, denominación con la que, en Hungría y Polonia, se hace referencia a aquel que alquila sus servicios para desempeñar aquellos oficios que, por falta de capacitación, sus señores no pueden hacer personalmente. Valiéndose de sus habilidades retóricas y adoptando la actitud de moralista desinteresado, se pone al servicio de Fritz K. y de Castañeda. Sacando provecho de la curul que ocupa en el Congreso de la República, como asesor legal de la Confederación General de Trabajadores, presenta un proyecto de ley sobre el control de bienes de los declarados enemigos de Norteamérica. Una ley con la que claramente se veían favorecidos los intereses de Fritz K. Culminada su tarea en el congreso, Villaseñor se convierte en el apoderado de Castañeda, para quien escribe y modela los discursos con los que aspira salir triunfante en las próximas contiendas electorales.

El tipo de político que es Villaseñor dista mucho del rol del político que presenta el señor K. Para él, los verdaderos políticos nada tienen que ver con la clase dominante en la producción económica. Dos fuerzas independientes que en ningún momento se funden para obtener intereses económicos concretos. Para

Villaseñor la palabra no tiene valor, si pagan el precio está dispuesto a hacer uso de su destreza retórica para mentir, otra de las costumbres propias de esta parte del continente.

La impostura o el embuste eran un idioma *sui generis* en este mundo [...] Mentir era un arte, una ciencia de la cual en ocasiones se podía abusar, pero que demostraba una calidad intelectual en quien la practicaba, como saber tocar un instrumento musical. La difamación, que no es en último término sino otra forma de mentira, la habían elevado los políticos a la categoría de una virtud [...] En las jerarquías sociales del país un caso como el de Villaseñor no tenía nada de excepcional. Se le consideraba como un joven con mucho talento, o un gran político, porque tradicionalmente un parlamentario o un orador, no era, para el común de la gente [...] sino un hombre veterano en el manejo del agravio personal. (pág. 191)

Villaseñor es el autor material de la conspiración y Fritz K el autor intelectual. Él, es producto del matrimonio mixto celebrado entre Samuel, alemán protestante hermano del padre de B.K, y, Esther una nativa católica. Dicha situación le significó ser educado, según la exigencia de la iglesia en Roma, bajo los principios del catolicismo. Fritz crece en tierras suramericanas, hasta que a los diecisiete años es enviado a Fráncfort a estudiar alemán. Su cargo como gerente de la tradicional empresa, "*La Central*", y sus raíces extranjeras hacen de él un miembro más del círculo social de la "*gente bien*". Su formación religiosa hace evidente, una vez más, las diferencias entre sus costumbres y las del señor B.K. La siguiente declaración sobre las costumbres distintas con las que Fritz K. llegó a Alemania, es hecha por el señor B.K, durante su conversación con Mercedes al interior del templo católico

Contaba apenas diez y siete años cuando nos lo mandaron a Fráncfort y ya para entonces había tenido relaciones con mujeres: sabía jugar cartas: tomarse sus copas y salir de juerga con sus amigos. Yo no era

mayor sino unos meses mayores que él y le tenía terror a todo: a desobedecer, a contradecir, a apartarme de la línea de lo que en mi hogar llamaban buenas maneras. Fritz no conocía las tradiciones ni de nombre. [...] Para Fritz no había deberes que cumplir ni reglas ineludibles ni horas fijas para los compromisos, como nuestros padres nos lo habían hecho creer.” (pág. 66)

Su alianza con Villaseñor y Mr. Muir es producto de su temor de perder el control sobre *“La Central”*. Para aferrarse a su cargo, y con ello a su posición social, acusa a su primo de conspirar contra la seguridad de Estados Unidos. Así las cosas, se llega a la conclusión de que Fritz encarna a un sector de la sociedad capitalista cuyo objetivo es mantener el poder y el control sobre el sector financiero. Es una voz que representa el capitalismo en un territorio muy cerrado donde el control lo ejercen muy pocos. Típico presidente de una de las industrias más reconocidas del territorio, cuya prosperidad ha conseguido mantener a los Ks por generaciones.

El sector de la sociedad que representa Fritz K es reflejado en las reflexiones en torno a la falta de autenticidad del territorio, una tierra en la que según declara no hay nada. Al afirmar esto, Fritz K devela su falta de identidad con la cultura y las tradiciones del territorio en el que había crecido y gracias al que había hecho su fortuna. Es una reflexión de una clase social que solo ve como esperanza una sangre nueva que venga del extranjero, para poder cambiar esta aldea y proyectarla para que compita en el futuro con otros pueblos que se están levantando hacia el desarrollo. Esta migración tendrá que ser especialmente de Europa y los Estados Unidos.

La voz social de Fritz refleja el pensamiento de que solo a través de la industria es posible el desarrollo del territorio. Pero también se puede observar que el control de la industria lo tienen que hacer sujetos que pertenezcan y que han pertenecido por generaciones al pequeño grupo social de privilegiados, cuyo fin es controlar el poder de esas industrias y del dinero en el territorio; palabras

más, palabras menos, los únicos idóneos para administrar la industria en el territorio es el grupo de elegidos. Hay que mantener industrias tales como “*La Central*” para crecer económicamente y más cuando la guerra en Europa se termine. La esperanza es que muchos inversionistas del viejo mundo llegarán al territorio a generar industria y empresa; esto creará riqueza y desarrollo para el territorio, que es igual a enriquecerse ellos mismos.

Fritz encarna esta visión en la novela ya que el relato de la historia nos muestra que este sujeto ha gozado de una situación privilegiada de vida financiera en el país. Al igual que sus amigos del *Atlantic Club*, ha controlado los negocios más importantes del territorio en donde ha hecho su voluntad. Pero su voz va más lejos que las anteriores voces. Está convencido que aquel pequeño círculo de elegidos no solo debe controlar la industria y la economía en el territorio, sino que es este grupo social el único con capacidad para gobernar este país. Según Fritz, son los hombres de negocios como Castañeda, los únicos verdaderamente capaces para orientar al país al verdadero desarrollo.

Para finalizar este análisis, es preciso traer a colación las voces sociales representadas por dos personajes femeninos que, a la vez que encarnan la contradicción de la mujer latina, son radicalmente opuestos: Mercedes y Olga. La primera de ellas, Mercedes es una mujer casada perteneciente a la elite capitalina. Según relata Fritz K, Mercedes y su familia tienen practicas distintas a las de la “*gente bien*”. En el círculo social se sospecha del estilo de vida bohemio y ateo de ella y su familia, además, de su pensamiento extraordinariamente liberal. No se tiene conocimiento de que los miembros de su familia hayan celebrado los sacramentos católicos. Mercedes es la primera persona con la que el señor B.K entabla una relación de confianza, a tal punto que lo convierte en destinatario del sacramento de confesión, según la iglesia reservado exclusivamente para los ministros sacerdotales. Al volverlo su confidente Mercedes pone al señor B.K en una difícil situación.

Mercedes no solo la emprende contra su círculo de amigos también es implacable con los norteamericanos que vienen al país. Los “gringos” como ella los llama hacen su santa voluntad en estas tierras din doliente, que se convierte en el apetecible para aquellos que buscan sacar el mayor provecho sin invertir nada. Al comparar a los europeos y los “gringos” señala que mientras los primeros han impulsado la industria con la fundación de sus empresas, los otros solo vienen en la comodidad de sus cargos a intentar comprar con su dinero toda clase de privilegios. Mercedes culpa de ser victimas de su propio invento a los nacionales, al haberse encargado de endiosar a los “gringos” ahora pagan las consecuencias de su tiranía.

A pesar de sus críticas hacia su círculo social, Mercedes no está dispuesta a renunciar a su vida de lujo, comodidad, apariencia y engaño. Esta percepción de Mercedes se confirma cuando ella le confiesa al señor K que existe un amigo pretendiente que quiere tener algo con ella. La determinación de ceder a sus propuestas radica en la decisión de su esposo de regalarle un caballo de pura sangre en navidad. Esta confesión es contundente para que el señor K saque las conclusiones sobre Mercedes y vea en ella una mujer que intenta ser diferente con sus críticas al grupo de sus amigos pero que al final es solo una mujer llena de caprichos, carcomida por el mundo de opulencia y apariencia de los elegidos y que no puede tomar ninguna clase de distancia. Luego de su confesión aparece a los ojos del señor K como una mujer que vende su dignidad por caprichos y emociones esporádicas. En ultimas, para el señor K, Mercedes representa muy bien el grupo de elegidos y sus costumbres contagiadas de situaciones que nada tienen que ver con una mujer casada y del estatus social que representa según el señor K.

Para finalizar, la última voz social es personificada por Olga, una mujer cuya forma de vida evidentemente contrasta con la de Mercedes. En principio, Olga es una joven de clase popular, madre soltera, que trabaja como manicurista en “El Prado”. Otro de los exclusivos sectores de la capital, frecuentado por

hombres de la elite que, valiéndose de su poder y galantería, desean doblegar la voluntad de la hermosa joven. Su desconocimiento de las dinámicas de poder, que rigen a los elegidos, le dan la libertad de rechazar los cortejos de hombres como Mr. Muir. Olga representa la voz social del proletariado y como parte de esta clase social, sus intereses y aspiraciones son muy diferentes a las de la clase alta.

Olga termina entregándose a los amores del señor B.K sin un interés de por medio. Aunque al principio parece estar burlándose del señor B.K, cuando este está en su peor momento ella aparece para demostrarle un amor incondicional. Olga es la voz del pueblo, la del rostro aislado del poder, esta otra sociedad en donde no se presentan las guerras por el poder, donde no se preocupan por la acumulación del dinero en forma fácil, en donde no se están aniquilando por el miedo a perder sus influencias comerciales; esta sociedad que está representada por esta mujer, es la sociedad que por lo menos presenta unos valores mínimos en el plano ético, aunque con una curiosa ambigüedad moral.

### CAPÍTULO III

#### ELEMENTOS DE UNA CURIOSA ARQUITECTÓNICA POLÍTICA

La tensión que marca el desarrollo de *Los elegidos* se comprende mejor al relacionar la obra con las prácticas que marcan el devenir histórico de Colombia y Latinoamérica en los últimos siglos, esto es, con los procesos de la modernidad y la colonialidad. Hay un hecho clave para percibir dicha tensión: la prefiguración del protagonista. En efecto, B. K, el personaje de las memorias, aparece caracterizado como integrante de una familia burguesa europea de filiación calvinista que termina involucrado en las dinámicas económico - políticas de la élite colombiana. Así, López Michelsen hace palpable el enfrentamiento dialéctico de dos horizontes axiológicos que corresponden a dos modos distintos de vivenciar el cristianismo: uno, anclado en los presupuestos del catolicismo; otro, en los principios del protestantismo. El primero, poco afín con los valores de la modernidad o, al menos, muy ambiguo frente a ellos; el segundo, más proclive a contribuir a la concreción de dichos valores en la dinámica social.

La comprensión de ese aspecto, implica considerar la reflexión que plantea Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (2016), obra en la que el autor pone de relieve el papel de la perspectiva protestante tanto en la propiedad y en las empresas capitalistas, como en las esferas más altas de las clases trabajadoras. La razón es que los protestantes insisten en la consagración al trabajo y consideran como virtudes la diligencia, la sobriedad, la parsimonia, la frugalidad, la seriedad en los negocios y la modestia en el vivir (un asunto que López Michelsen conocía bastante si se tiene en cuenta que había publicado un libro al final de la década de 1940<sup>5</sup>, en el cual sostenía la tesis de que el orden constitucional colombiano se apegaba al ideal calvinista).

---

<sup>5</sup> Cfr., López Michelsen, A. (1947). *La estirpe calvinista de nuestras instituciones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Para Weber la reforma no significaba únicamente la eliminación del poder eclesiástico sobre la vida, sino más bien la sustitución de la forma de aquel poder de otra forma distinta. Sustituir un poder demasiado suave, apenas perceptible, en la práctica formal, por otro que debía intervenir con mucha más intensidad en todos los ámbitos de la vida pública y privada, somete a regulación la conducta individual. Es posible comprender una mayor participación de los protestantes en la posesión del capital y en la dirección de la moderna economía, como consecuencia de la posición económica que han mantenido con el transcurso del tiempo. El autor contrapone esta visión con la poca participación de los católicos en la vida capitalista, situación que se relaciona con el modo en que participan también en las capas ilustradas de los trabajadores de la moderna gran industria. De hecho, señala que los católicos demuestran una inclinación mucho más persistente a seguir en el oficio (en el que suelen alcanzar el grado de maestría) mientras que los protestantes se encaminan con mayor frecuencia a los trabajos en una fábrica, en la que escalan los puestos superiores del proletariado ilustrado y de la burocracia industrial.

Según Weber, los protestantes por lo regular, bien como oprimidos u opresores, bien como mayoría o como minoría, han mostrado singular inclinación hacia el racionalismo económico, inclinación que ni se daba ni se da entre los católicos, en cualquier situación en que se encuentren. La causa en tan distinta conducta radica no sólo en una cierta situación histórico-política de cada confesión, sino en una determinada característica personal permanente, a una forma de comportamiento prefigurado por los ideales: el catolicismo proclama el alejamiento del mundo y educa a sus fieles en un espíritu de indiferencia ante los bienes de este mundo. Mientras que los protestantes se valen de dicha concepción para criticar y anteponer una vía distinta en la que la posesión de bienes no riñe con la fe, sino que se considera el resultado lógico de una vida bien conducida.

---

Por lo general quien se apega al horizonte católico tiene menor impulso adquisitivo; prefiere una vida bien asegurada, incluso a cambio de obtener menores ingresos, a una vida continuamente en peligro y exaltación. De acuerdo con Weber, ante la disyuntiva “comer bien o dormir tranquilo”, el protestante opta por comer bien, mientras que el católico prefiere dormir tranquilo. La primera posición resultó excepcionalmente beneficiosa para la expansión del espíritu capitalista, pues es más afín con el desarrollo del espíritu comercial. Esto se constata cuando se observa la mayor participación de los protestantes (en Inglaterra y los países bajos de Europa) en la posesión de capital y en la dirección de la moderna economía. Mientras los católicos demuestran una inclinación a seguir en el oficio en el que suelen alcanzar y a tener poca participación en las capas ilustradas de los trabajadores de la industria moderna.

Weber afirma que el espíritu del capitalismo considera que el tiempo es dinero, que el crédito es dinero, considera que el dinero es provechoso y que la ganancia de dinero obtenido legalmente es la expresión de la virtud en el trabajo. Algo que se pone en evidencia cuando se fija la mirada en el protagonista de *Los elegidos*. En efecto, B. K. es un sujeto que entra en conflicto a medida que se inserta en la vida social del contexto colombiano. De hecho, poco a poco se siente totalmente perdido y pierde sus esperanzas de retornar a su mundo y el contacto con sus seres cercanos:

ya no tenía treinta años ni vivía en Normandía, ni Mongelas sabía desde hacía mucho tiempo nada de mí. ¡Quién sabe si ni siquiera volveríamos a vernos en este mundo! La guerra había puesto fin a nuestra correspondencia desde hacía varios meses y difícilmente podríamos adivinar en adelante nuestros propios caminos” (pág.23)

López Michelsen intensifica la crisis del protagonista mostrando el declive del viejo mundo, producto de la segunda guerra mundial. El paralelo es evidente: una Europa en guerra, con un futuro incierto, se corresponde con la caída paulatina del

protagonista. Esto se aprecia cuando B. K. manifiesta: “Vivir es luchar, fracasar y triunfar, amar y odiar a seres reales, y no permanecer atado a un antiguo yo que no participa en forma alguna en ese mundo de sombras, del otro lado del mar, con el que tejen las noticias” (pág. 25).

La crisis del personaje incluye la ruptura con la fe de sus antepasados. De modo que cuando recuerda los pasajes de la biblia las reflexiones se vuelven más amargas:

Yo me sentí culpable de una especie de traición a mis principios, incorporado a este mundo feliz, en donde cada cual modelaba su destino a su antojo. Conocí en unos días, la angustia de sentir que me internaba más y más en este mundo tan temido sin esperanza de retorno; pero la selva me fascinaba con su embrujo. Iba a ser rico, muy rico, y a tener muchos amigos...quizá a hasta sometería a Olga a mis deseos, cuando la selva para mí no tuviera misterios y sus más intrincados vericuetos fueran caminos trillados por mis pasos” (pág.97)

La inserción de B. K., representación de hombre europeo afincado en valores calvinistas, en una sociedad laxa regida por la estructura, las prácticas y rituales de la religión católica, le significa romper con su mundo y con su pasado; dejar el esfuerzo y la exigencia para quedar atrapado en un mundo de encantos exóticos. De modo que cuando reflexiona sobre vivir en un estado de sensaciones agradables, se intensifican las preguntas relacionadas con el comportamiento que debe guiar su existencia:

Más liviano trabajo es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico al reino de Dios. Pero los mismos evangelios nos enseñan que no tenemos derecho a vivir sin trabajar, a permanecer ociosos. ¿Recuerdas la parábola de los talentos? ¿Qué quiere decir que el amo le quitó los talentos al siervo que los enterró para regalárselos a aquellos otros siervos que habían trabajado los suyos?

Que debemos trabajar el capital que Dios pone en nuestras manos y no dejarlo inactivo. (pg. 54)

El problema del personaje es que empieza a ser parte de una élite que no respeta las reglas de juego, que no tiene escrúpulos cuando de obtener ganancias se trata. Pero él proviene de una sociedad edificada sobre una mentalidad que aspira a obtener lucro ejerciendo sistemáticamente una profesión, una ganancia racionalmente legítima. Por eso le parece inaceptable cuando sus nuevos pares hablan de cómo obtener réditos de la guerra, de usar información clasificada para sacar partido, de monopolizar bienes, de apegarse a la usura. De modo que acumulan capital sin aplicarse al trabajo, ni apegarse a las normas industriales, ni mantener la necesaria conexión con la estructura propia de la economía.

Poco a poco el personaje se ve tentado a participar de negocios escindidos de toda norma ya sea que provenga de un poder religioso o de la organización del Estado. Es decir que entra a hacer parte de un juego cuyas reglas no siguen la racionalización del aprovisionamiento de bienes materiales y menos las pautas de una concepción según la cual la fortuna terrena es un indicio de hallarse en posesión de la gracia. Por eso, en sus momentos de soledad, se autocensura por integrarse a una dinámica que implica disfrute de riqueza y goce de bienes obtenidos sin trabajo, y que conduce a una vida de sensualismo y de indolencia.

De ese modo, López Michelsen plantea una discusión política que implica una crítica a la élite colombiana. Pues muestra que esta se apega a prácticas que nada tienen que ver con la racionalidad del capitalismo. El hecho de que el grupo de “elegidos” prescinda del esfuerzo, derroche el tiempo, se entregue a los lujos, banalice la vida social, desprecie a los subordinados, etcétera, significa que pertenece a un orden premoderno.

Lo anterior permite cavilar la visión de mundo desplegada por Michelsen en *Los elegidos* y por ende el valor estético. Pero para percibir con mayor claridad estos aspectos, es preciso explorar otros elementos sociohistóricos y políticos

inmersos en la novela. Uno de ellos es la hacienda o “*casa grande*”. Escenario socio – simbólico que enmarca permanentemente la tensión entre modernidad y colonialidad, vigente en la sociedad bogotana a la que Michelsen alude. En efecto, históricamente la hacienda es la cuna de la aristocracia criolla; constituye la institución colonial por excelencia y además es símbolo del estatus social. La propiedad o la conservación de la misma tiene como correlato un juego de legalidad e ilegalidad: medios a través de los cuales individuos de la sociedad rural se posicionaron como poderosos terratenientes.

A propósito, Gutiérrez Girardot (1989) sostiene que la hacienda fue una institución central de la época colonial, pues alrededor suyo se constituyó la aristocracia de la época. Las ideologías de este selecto grupo de dirigentes sirvieron como esquemas para determinar los marcos sociales y fijar la estructura jerárquica bajo la cual se organizó la sociedad. Pese a creer que la consolidación de la Independencia había puesto fin al estilo de vida de la época colonial, la hacienda pervive para testimoniar algunos rastros de ella. Así lo muestra con toda claridad López Michelsen en *Los elegidos*, agregando un detalle importante: quien quiera hacer parte de la élite colombiana necesariamente debe poseer una hacienda en la sabana de Bogotá.

José Luis Romero hace una descripción meridiana para entender el funcionamiento histórico de la hacienda, así como las curiosidades y paradojas que la constituyen:

durante largas décadas después de la Independencia siguió predominando el tipo del hacendado y del minero tradicional y rutinario en el ejercicio de sus tareas. [...] Algunas veces residían en las ciudades, en las que, en todo caso, tenían casa puesta: pero generalmente habitaban sus tierras, en las que vivían a su modo y seguían sus principios [...] Primitivos, algunos, en sus gustos, se conformaban con las viejas casonas heredadas, algunas veces en ruinas, pero no faltaba el que, como el señor Lavalle [...] “había hecho construir para si una de las casas más elegantes. No ha economizado nada en su solidez y embellecimiento. Este palacete manufacturero esta amoblado con una gran riqueza y con el mejor gusto: alfombras

inglesas, muebles, relojes y candelabros de Francia, grabados y curiosidades de la China...” (Romero, 1999, pág. 211)

López Michelsen coincide con Romero en que la hacienda, más allá de ser un sistema productivo, sigue siendo aquel organismo que alberga y permite la proliferación de una clase social alta, en cuyas manos descansa el destino del pueblo. Además de materializar a pequeña escala la estructura social piramidal, ella se constituye como una vía eficaz para la europeización. Su dueño, el “*señor de la casa*” no sólo lo es de la propiedad, sino también de todos los que habitan y trabajan en ella. Es él quien tiene el poder de decidir sobre todos aquellos cobijados bajo el techo de su propiedad, algunas veces decorada hasta el más mínimo rincón al estilo inglés.

La obra de Michelsen devela que, a pesar de llevar casi siglo y medio de conformada la República, la hacienda perdura como institución colonial; que sus funciones y significación social siguen intactas. No es gratuito que muestre que el rasgo más importante de Manuel es ser dueño de “*El Pinar*”. El autor explicita que el título de propiedad de este bien inmueble viene acompañado del estatus social heredado generación tras generación. Algo que recalca de manera particular Fritz K., quien se refiere a Manuel no como simple “*gente bien*” sino como “*gente muy bien*”. Esa preciada propiedad ubicada a las afueras de la ciudad es donde “*los elegidos*” se reúnen para dedicarse al ocio.

López Michelsen deja claro que la hacienda es uno de los símbolos a través del cual la élite bogotana se ostenta la riqueza. Poseerla significa que ya no se precisa trabajar; el hacendado da rienda suelta a actividades sociales que den testimonio irrefutable de su posición social. Delegar a sus servidores las labores de producción es un privilegio que sólo puede darse el dueño de la “*casa grande*”. Los títulos de propiedad de inmuebles son equiparables a los títulos de sangre. Ante la ausencia de un linaje, adquirir una propiedad se convierte en la forma

expedita para alcanzar un lugar dentro del círculo de aristócratas. Sin importar que las maneras de hacer la riqueza o de adquirir bienes disten de ser nobles.

De hecho, existieron, y aun existen, varias maneras de hacerse a la propiedad de un bien, garante de la permanencia o conquista de un lugar privilegiado en la escala social. Una de estas maneras es adquirir la propiedad por herencia. Los llamados fundadores de la patria y las burguesías criollas consiguieron imponer su dominio sobre bastas propiedades para luego heredarlas a sus hijos quienes a su vez la heredaron a sus nietos y así sucesivamente. La herencia de un bien o la adquisición de este por vía del trabajo constituyen dos de los mecanismos lícitos socialmente para forjar un patrimonio. Pero, según plantean algunos autores la obtención del dominio sobre un bien tuvo lugar, muchas veces, por vía de la ilegalidad.

José Luis Romero señala que a través de la práctica del bandidaje fue como muchos de los grandes hacendados amasaron su fortuna. Armando un ejército con sus peones y esclavos tomaban por asalto las haciendas vecinas y, después de someter a los dueños originales del bien, se proclamaban como los nuevos amos y señores del terreno. Tales acciones significaron un aumento de riqueza para los amos y un ascenso en la pirámide social para aquellos súbditos que participaran del asalto. Durante el estado de anarquía que sobrevino a la declaración de Independencia y a las constantes luchas civiles, muchas haciendas permanecieron en manos de las mismas familias, otras cayeron en las manos de propietarios y arrendatarios nuevos que, valiéndose de su poder adquisitivo, por simple influencia o por su capacidad para movilizar vasallos, conseguían acorralar a los tradicionales hacendados hasta el punto de obligarlos a abandonar sus propiedades.

Los mas activos en la política fueron los nuevos hacendados, precisamente los que se hicieron tales en la política misma, apropiándose de las haciendas de los adversarios o quizá

adquiriéndolas con las fortunas que amasaron en las campañas, equívocas algunas de ellas. Como las montoneras pudieron deslizarse alguna vez al bandidaje, sus jefes se dejaron tentar más de una vez por los bienes ajenos: tierras o ganados. (Romero, 1999: 236)

Ángel Rama, por su parte, denuncia la labor de la *sociedad escrituraria* en la consecución ilegítima de títulos de propiedad. Haciendo uso de su poder como exclusivos “dueños de la letra”, fabricaban o manipulaban el contenido de todo tipo de documentos reales con los que se vieran favorecidos los intereses de la clase dirigente. La misma que le suministró el privilegio de ser la minoría letrada.

El corpus de leyes, edictos, códigos, acrecentado aun más desde la Independencia, concedió un puesto destacado al conjunto de abogados, escribanos, escribientes y burócratas de la administración. Por sus manos pasaron los documentos que instauraban el poder, desde las prebendas y las concesiones virreinales que instituyeron fortunas privadas hasta las emisiones de la deuda pública durante la República y las desamortizaciones de bienes que contribuyeron a nuevas fortunas ya en el siglo XIX. (Rama, 2004: 72)

Lo expuesto por Romero y Rama se conecta a la perfección con los comportamientos de algunos personajes de *Los elegidos*. La conspiración de Fritz K, Villaseñor y Muir contra B.K es a las claras una acción de bandidaje llevada a cabo por medios judiciales. Los tres personajes se valen de su poderío para formular y aprobar una ley con la que consiguieron despojar al señor B.K de su patrimonio.

En este punto, emerge otro aspecto fundamental para comprender la obra: la función social y política que cumple la escritura en la dimensión interna y externa. Aquí hay que tener presente el papel de la escritura al interior del complejo social descrito en la obra, así como la función política y social que asumió Michelsen durante su fugaz etapa como escritor. A propósito, no se puede olvidar que la

función de la literatura colonial, tal como lo expresa Gutiérrez Girardot (1989), fue eminentemente ideológica; a través de ella se desplegaron una serie de mecanismos para legitimar, justificar y asegurar el orden social jerárquico establecido. Tampoco, lo que señala Rama (2004): que la escritura fue un factor esencial en el Nuevo Mundo. No sólo porque la escritura consiguió imponerse sobre lo inseguro y precario de la palabra hablada, sino porque se erigió como mecanismo para llevar a cabo la administración colonial, la evangelización y hasta el mismo proceso de formación de la elite; hechos revelan su papel como dispositivo de control social (si bien, con el tiempo, la escritura adquirió un potencial revolucionario: fue una herramienta poderosa que podía ser usada en contra de los intereses del proyecto imperial).

La función de la escritura en el periodo colonial, y su carácter fijo e intemporal, se ven reflejadas décadas después en el complejo social descrito en los *“Los elegidos”*. La lista promulgada por Muir, el embajador de Estados Unidos tiene repercusiones profundas en la vida social; se convierte en un mecanismo de regulación y de perpetuación del orden existente. Aparecer en la lista significa perder todo.

La lista es un mecanismo de regulación social, a la larga queda claro que los incluidos en ella son personas que obstaculizan los intereses de la elite. La escritura funciona como una cascada que se desborda y sepulta: los periódicos capitalinos hacen eco de ella en sus columnas. Huelga decir que sólo que quienes aparecen en las notas sociales son los miembros de la élite, por eso se cuidan de relacionarse con aquellos que han sido señalados por el embajador como enemigos de los Estados Unidos.

López Michelsen va más allá de la anécdota histórica, pues desnuda el uso profundo que la élite colombiana le da a la escritura. Por ejemplo, indica que el grupo de elegidos es también dueño de los periódicos y que, por ende, su ideología marca la tendencia y el sesgo de las noticias. A propósito, vale la pena recordar que Castañeda para hacer su carrera política se hace dueño de un

periódico en el que publica columnas en su favor. Así mismo, es muy sintomática la labor que cumplen las columnas de Cyrano en la absolución del General Bello, consagrado por la prensa de oposición como héroe nacional. Este suceso de la novela parece corroborar el aserto de Ángel Rama en el sentido de que “La letra fue siempre acatada. Los escritos y la vida social emanaban de dos fuentes diferentes, los escritos, aunque no provenían de la vida social pretendían imponérselo y encuadrarla en un molde no hecho a su medida” (2004: 72).

En este punto, tiene razón Rama (2004) cuando afirma que los “*dueños de las letras*” se consolidaron como un poder autónomo. En el caso colombiano hay una diferencia entre los hombres de letras: una cosa es quien escribe en el marco del poder y otra, quien lo hace como dueño del poder.

El caso de López Michelsen es paradigmático, pues su posición privilegiada le permitió publicar sin mayor problema una obra en la que desnuda a la élite y deja en evidencia las prácticas coloniales de un círculo de aristócratas que tienen bajo su dominio la agenda política del país. Pese a ello, el potencial como agente de transformación social, la conciencia crítica por el hecho de ser un intelectual con formación moderna, queda atrapados en la función ideológica de la colonialidad.

Es una paradoja interesante habida cuenta que el autor plantea una crítica abierta contra el *statu quo*. Y sin embargo, quizás por su pertenencia al grupo social dominante, incurre en la simplificación de quienes pertenecen a otra clase social. La forma como elabora las situaciones y perfiles de ciertos personajes, indica que el mundo social del medio hacia abajo le es desconocido. De hecho, López Michelsen recurre a estereotipos cuando caracteriza a Olga e Inés, las únicas representantes de una clase distinta a las de los miembros de la “gente bien”. Inés desaparece luego de pocos párrafos, mientras que Olga queda reducida a simple compañía de B.K.

Ambas se definen por sus oficios, por la subordinación y, en el caso de Olga, por generar desequilibrios en el mundo masculino de los elegidos. Ese es su mayor valor novelesco. Se entrega a B. K. sin razón aparente y se sacrifica de igual modo, cuando este cae en desgracia. A pesar de ser un personaje que atraviesa casi toda la novela, su rol es irrelevante, no marca ningún giro. Ni siquiera en la vida del protagonista quien la considera incomprensible.

## CONCLUSIONES

El estudio de la obra permite constatar que *Los elegidos* es una novela donde se aprecia en toda su magnitud el funcionamiento de una sociedad escindida que se mueve entre los rudimentos de la modernidad, representados por sedimentos del sistema mundo capitalista, y una tradición anclada en dispositivos históricos de carácter colonial. Dos polos que generan una tensión irresoluble e imposibilitan el avance normal y la integración de la sociedad entorno a un proyecto común de nación. En este sentido, la visión del autor es coherente con la ideología liberal propia de su *habitus*, como quiera que provenía de una familia vinculada con un ideario que para la época se consideraba progresista, en la medida en que propugnaba por el desarrollo colectivo. Así este se ajustara al sistema mundo capitalista.

La novela tiene una importancia indudable para la evaluación del pensamiento de López Michelsen y, por extensión, de las ideas políticas en Colombia. Pues a través de ella, quien fuera considerado uno de los estadistas más importantes del país, hace una revisión política de la sociedad colombiana, en particular de la élite gobernante. En efecto, tal como se demostró, el autor desnuda las prácticas de esta última para dejarla en evidencia, como si quisiera mostrarle al conjunto social cuáles son las particulares del grupo que ha estado en el poder; la verdaderas cualidades de quienes se autodenominan “gente bien”. A través de las distintas voces, deja claro que ese ‘patriciado’ no tiene principios, adopta maneras prestadas de otras culturas, desprecia cualquier cosa que sea del país incluyendo la propia lengua, tiene un sofisticado entramado de dispositivos para defender la supremacía social y no le interesan las problemáticas de sus connacionales.

El autor, también pone en evidencia la unión malévolamente entre el poder religioso y el poder político que existe en el país. Muestra que la alianza está basada en el mutuo interés de conservar las posiciones de privilegio. En este

caso, la posición crítica tiene un doble alcance: por un lado, señala la impertinencia de vincular los asuntos del Estado con los de la fe; por otro, el uso desviado de la religión. Pues los ritos son una forma vacía exenta de la profundidad espiritual que suponen, y se quedan más bien en formalismos que sirven para exhibir la opulencia propia de una posición social privilegiada. Las celebraciones religiosas sirven para constatar que la clase elegida se apega a las formas correctas y, por ende, se divulgan en las páginas sociales de los periódicos. A eso se reducen, pues quienes asisten a ellas no tienen en cuenta la dimensión trascendente a la hora de conducirse en la vida práctica.

En ese sentido, la elección de un protagonista extranjero y con formación calvinista es otro recurso que usa López Michelsen para poner en duda el papel positivo de las prácticas del catolicismo para la organización del estado. A partir del contraste entre dos formas de asumir el mensaje cristiano, el autor señala la importancia de asumir concepciones que aporten convicciones que redunden en la transformación de la sociedad. Con ello demuestra que su posición intelectual está basada en el conocimiento de tradiciones centrales del pensamiento moderno. Por ejemplo, en la lectura de los planteamientos realizados por Max Weber en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

La novela también permite reflexionar sobre un problema político de hondo calado: el papel de la escritura en Colombia. Este aspecto, tal como se indicó, responde a un proceso histórico de larga duración en medio del cual la escritura terminó convirtiéndose en dispositivo de preservación de esquemas sociales heredados, carácter colonial. Incluso, aunque parezca paradójico, la filiación social de López Michelsen, que le permite emplear la escritura como mecanismo de denuncia social de su propia clase, termina revelando que él no está exento de poner en funcionamiento sedimentos del problema. Pues la forma en la que el autor construye los rasgos y el carácter de los dos personajes femeninos de clase media que intervienen en su obra, Olga e Inés, responde a un proceso de estereotipación. Este hecho, seguramente inconsciente, devela la imposibilidad del

autor para explorar una realidad ajena a su mundo. Una limitación explicable por su pertenencia a la elite del país, criticada por él de muchos modos, pero de la que no logra distanciarse de forma total y definitiva.

Lo anterior, aunado a otros elementos anecdóticos, permite concluir que *Los elegidos* es un testimonio de que la escritura (interna y externamente) se mantiene en Colombia como dispositivo de control social que favorece el mantenimiento del *status quo*. Los planteamientos expuestos en este sentido, producto del diálogo crítico entablado con textos de tres grandes exponentes de la tradición crítica latinoamericana (*Latinoamérica: Las ciudades y las ideas* de José Luis Romero, *La ciudad letrada* de Ángel Rama y *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana* de Rafael Gutiérrez Girardot), abren una veta inexplorada en el estudio de las ideas políticas en Colombia.

La continuidad de una línea de trabajo en ese horizonte podría, no sólo constatar los logros de este trabajo, sino además recuperar la tradición de los pensadores latinoamericanos que abrieron camino en el siglo pasado, apelando con regularidad a la producción estética del continente. O también, fijar la mirada en unas figuras *sui generis* de la historia colombiana: los presidentes escritores. Valdría la pena, sin duda, establecer ¿qué pasa con ellos? ¿Qué hay en sus obras? Sobre todo, clarificar si hay coherencia entre sus actuaciones como políticos y lo que proponen en escritos.

En este sentido, este trabajo contribuye a la apertura de caminos para la Maestría en Filosofía Latinoamericana. Pues evidencia que el texto literario tiene la virtud de mostrar el mundo en su profundidad sensible. Y que este es un escenario donde se pueden ver otras manifestaciones del entramado eidético de nuestro contexto y, por tanto, constituye otro camino para pensar lo nuestro.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acevedo Carmona, D. (1995). *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia: (1936 - 1949)*. Bogotá: El Ancora Editores.
- Bajtín, M. (1989). *Teoría y Estética de la Novela*. Barcelona: Taurus.
- Bourdieu, P. (1997). *Las Reglas del Arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Díaz Granados, J. L. (1984). *Los Elegidos o la novela de un político*. Medellín: Editorial Lealon.
- Dilthey, W. (1995). *Teoría de las concepciones del mundo*. Barcelona: Altaya.
- Giraldo, F. y López, F. (1991). La metamorfosis de la modernidad. En: *Colombia: el despertar de la modernidad*. Bogotá: Foro Nacional por Colombia.
- Goldmann, L. (1968). *El hombre y lo absoluto*. Barcelona: Ediciones Península.
- . (1980). *La Creación Cultural en la Sociedad Moderna*. Barcelona: Editorial Fontamara.
- Gómez Buendía, H. (1978). *Alfonso López Michelsen, un examen crítico de su pensamiento y su obra de gobierno*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- Gutiérrez Girardot, R. (1989). *Temas y problemas para una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Ediciones Cave Canem.
- López Michelsen, A. (1947). *La estirpe calvinista de nuestras instituciones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- . (1999). *Los elegidos*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
- Lukács, G. (1970). *Teoría de la novela*. Barcelona: Grijalbo.
- Randall, S. (2007). *Alfonso López Michelsen. Su vida, su época*. Bogotá: Villegas Editores.
- Rama, A. (2004). *La ciudad Letrada*. Santiago de Chile: Tajamar Editores.
- Romero, J. L. (1999). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Universidad de Antioquia.

----. (2001). *Situaciones e Ideologías en América Latina*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Rosso, C. (1995). Modernismo y literatura. En: *Trópicos y tópicos de la modernidad*. Cali: Arte & Parte.

Weber, M. (2016). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.